

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Letras Hispánicas

Tesis:

**“JOSÉ EMILIO PACHECO Y ALBERTO RUY SÁNCHEZ POR UNA POÉTICA DEL
EROTISMO”**

**Que para obtener el grado de
Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas
presenta:**

Nancy Giovanna Hernández García

Asesor:

Dr. Juan Coronado López

Ciudad Universitaria, DF

2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Narciso García Vargas, *in memoriam*.
Porque conjugaste maravillosamente el verbo amar
y así fuiste al mismo tiempo mi abuelo y mi padre,
hasta el punto de que todavía hoy
me pregunto dónde iniciaba uno y terminaba el otro.

A Ángeles y Margarita, mi madre y mi abuela;
ambas ejemplo de tenacidad, de esfuerzo,
de honestidad y lealtad.
Sin duda alguna, los pilares de mi vida.

A mi familia: los García.

Y para Marco Antonio Campos,
poeta consentido de las musas,
por la entrañable amistad que mantuviste
con nuestro querido José Emilio y por ser
“El primero que escribió sobre este libro [*Las batallas en el desierto*]”,
José Emilio Pacheco *dixit*.

- ❖ A mi querida Dra. Aurora M. Ocampo, que para mí ha sido una verdadera escuela de investigación en los últimos años, le agradezco inmensamente todo lo que me ha enseñado; por supuesto, también su cariño. Es un orgullo ser parte de su equipo de colaboradores.
- ❖ Gracias, mi querido Dr. Federico Álvarez por transmitirme el amor por la literatura. Porque es el profesor de quien más aprendí en esta carrera sin fin. También le agradezco las lecciones de vida que nos da a quienes lo queremos, pues es persistente, no deja que los vientos adversos lo derrumben, al contrario, se planta en medio de ellos y sigue adelante.
- ❖ También agradezco enormemente al Dr. Juan Coronado quien de inmediato aceptó aventurarse conmigo en este trabajo. Fue gracias a usted que pude ver la grandeza de nuestras letras, de nuestros escritores. En sus clases nació y creció como espuma mi interés por estudiar la literatura mexicana del siglo XX.
- ❖ No podía olvidarme de Estefanía, Mario y Mauricio, mis entrañables amigos. Ustedes son muy importantes para mí porque me han acompañado ya por buena parte de mi vida. Agradezco infinitamente sus palabras de aliento en los momentos en que ya no podía más, cuando se me agotaban las ideas para realizar este trabajo, su tiempo para escucharme, por animarme a arriesgarme para alcanzar mis objetivos, en fin, por ser mis decantadores trágicos: ¡GRACIAS!

Este trabajo se realizó con la beca otorgada por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México por mi participación dentro del proyecto IN402313RN402313 “Diccionario de Escritores Mexicanos Siglo xx, en línea”, dirigido por la Dra. Aurora M. Ocampo. Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas.

Índice

Introducción.....	p. 6
1. Definiciones.....	p. 10
1.1 Erotismo, deseo y amor.....	p. 11
1.2 Erotismo vs. Pornografía.....	p. 17
1.3 El erotismo en la literatura mexicana del siglo XX.....	p. 23
2. Creación de atmósferas para el erotismo y recursos literarios.....	p. 35
2.1 Espacio de nostalgia vs Espacio de regocijo.....	p. 50
2.2 Recuerdo/Flashazo (nostalgia y melancolía).....	p. 55
2.3 Ensoñación.....	p. 60
3. José Emilio Pacheco y Alberto Ruy Sánchez: convergencias y divergencias	p. 67
3.1 Por una poética del erotismo.....	p. 76
Conclusiones.....	p. 89
Bibliografía general.....	p. 97

Introducción

*“La pasión es como el dolor y como el dolor crea su objeto.
Es más fácil al fuego hallar combustible que al combustible fuego.”
Miguel de Unamuno*

El deseo, la pasión, el enamoramiento y el sexo son sensaciones y sentimientos tan naturales como humanos, razón por la que no quedaron fuera de la literatura. Estos temas generalmente sólo se abordan desde el punto de vista moral, social o teológico, no obstante, la literatura también se ocupa, y preocupa, de ellos porque una de sus funciones es la de ser una representación, una respuesta a los cuestionamientos sociales. Señala los usos y costumbres, la ideología de una época, los sentimientos, los pensamientos y las sensaciones de quien escribe, pues como Alberto Ruy Sánchez dice: “El escritor pone el fuego, el lector lo enciende.” De este modo, una novela puede adentrar al lector en un espacio de recuerdos, de nostalgia o meterlo en un ambiente de regocijo, casi de fantasía.

La literatura es la herramienta con la que los escritores manifiestan sus preocupaciones y a su vez hacen reflexionar al lector sobre sí mismo, o bien, el lector se da cuenta de que comparte sus ideas. Todo lo que rodea a las artes y humanidades es pretexto u objeto de análisis y detonante de la obra. Nada queda excluido ni siquiera el erotismo.

Al ser parte consustancial del universo vital y existencial del hombre, el erotismo no sólo es una manera de manifestar o satisfacer el deseo sexual, sino que vive incrustado en las instituciones sociales o en muy diversos discursos de variopinto carácter: artístico, jurídico, político, etc. [...] Existen pinturas, poemas, novelas, películas, etc. a las que razonablemente puede tildársele de erótica pero que, al mismo tiempo, acreditan sobradamente sus dotes artísticas. Y, sin embargo y por lo general, la valoración de todo ello se ha venido sosteniendo sobre criterios morales o políticos. El hecho de que esta literatura [erótica] haya sido prohibida en determinadas épocas y sociedades, y secretamente disfrutada en consecuencia, no empece su acreditación artística. En todo caso de lo único que podría hablarnos tal veto es del purulento legado

de la represión sexual o de las cautelas y temores de los estrategas de la sociedad.¹

Debido a su carácter intimista, el erotismo es un tema tabú en todos los ámbitos sin embargo, y muy a pesar del qué dirán, muchos escritores mexicanos también han opinado sobre él; lo han explorado tanto en poesía como en prosa, algunas veces se trata de su propio sentir del deseo, otras, es mera imaginación. Cierto es que México, en muchos aspectos, no es un país tan avanzado, mucho menos en lo referente a la sexualidad, pues en pleno siglo XXI la doble moral sigue imperando.

No obstante, la literatura es un espacio de libertad en el que el erotismo y otros temas marginales tienen cabida. Esta es la razón por la que decidí abordar el tema; para tal objetivo escogí dos novelas: *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco y *En los labios del agua*, de Alberto Ruy Sánchez. Haré una comparación entre ambas novelas analizando la manera en que sus autores desarrollaron el erotismo y los recursos de los que se valieron, por ejemplo, las formas del deseo.

A primera vista pareciera que Pacheco y Ruy Sánchez no tienen nada en común ni mucho menos sus novelas; hasta cierto punto esto es verdad ya que tienen personalidades y estilos distintos pero es específicamente en *Las batallas* donde ambos comulgan al tratar el tema del erotismo.

La novela de José Emilio Pacheco relata la historia del enamoramiento de Carlitos por Mariana, la madre de su amigo Jim, y, de alguna manera, su despertar a la sexualidad en una sociedad que a pesar de decirse moderna aún se da golpes de pecho y se escandaliza por todo, o bien, también se puede ver como un recordatorio de los años 50: la época del alemanismo que en su afán de presentar un México moderno se niega a ver la pobreza, incluso la urbana.

Por otro lado, Alberto Ruy Sánchez cuenta la historia de Amado/Aziz y su curiosidad e interés por desenmarañar su propia historia de vida, cosa que se le

¹Fernando García Lara, "Sucintas apostillas al erotismo literario español", en *Erotismo y literatura*, pp. 51-52.

vuelve casi en una obsesión. Amado descubre que pertenece a “la casta de los Sonámbulos”, especie de hermandad muy selectiva a la que se pertenece no se es miembro, en el sentido de que la pertenencia es directa, pues son parte de esta casta sólo aquellos que desean con una intensidad desmesurada; se reconocen en cuanto se ven a los ojos y saben que están predestinados, que tienen que cumplir con lo escrito en su destino.

A diferencia de la novela de Pacheco, *En los labios del agua* es una novela marcadamente erótica que echa un vistazo en la sensualidad masculina; dice cómo sienten los hombres, cómo desean, cómo es su despertar a la sexualidad, cómo seducen y son seducidos.

Ambos escritores regalan a los lectores su visión del erotismo masculino, usando medios distintos: Ruy Sánchez crea un ambiente arabesco, alejado totalmente de los problemas sociales del país y que se preocupa mucho más por la creación de atmósferas, de las sensaciones que el lector pudiera percibir a través de los personajes. Pacheco, en cambio, sitúa la historia en la colonia Roma de la Ciudad de México, su protagonista pertenece a la clase media alta y no deja de lado la situación del país aunque tampoco se trata de un panfleto, es más un conjunto que acerca al lector a la realidad de Carlitos. Sin embargo, las semejanzas aparecen cuando se habla de la idea del amor y el erotismo, de las sensaciones masculinas; en cuanto a recursos literarios ambos hacen uso de los recuerdos y flashazos, de la ensoñación, del no saber si el protagonista está despierto o dormido, si lo que recuerda es real o no.

Así pues, el amor y todos los aspectos que son parte de él han sido motivo de reflexión desde tiempos remotos y, al igual que la muerte, no excluye a nadie. La ciencia, las artes y las humanidades han tratado de explicar este fenómeno; la primera habla de los cambios fisiológicos que experimenta el cuerpo enamorado: sensación de adrenalina, taquicardias, nerviosismo, etc.; las segundas lo expresan a través de la pintura, la fotografía o la escultura, por su parte, las humanidades,

en cualquiera de sus disciplinas, ven esta etapa de la vida, si se le puede llamar así, como algo sublime, casi un don:

Platón nos habla en el *Fedro* y en el *Banquete* de un furor que va del cuerpo al alma, para transformarlo con malignos humores. No es este el *amor queeologia*. Es otra especie de furor o de delirio que no se engendra sin alguna divinidad y que no se crea en el alma, dentro de nosotros mismos: es una inspiración del todo extraña, una atracción que actúa desde fuera, una enajenación, un raptó indefinido de la razón y del sentido natural. Se le llamará, pues, *entusiasmo*, lo cual significa *endiosamiento*, ya que este delirio procede de la divinidad y lleva nuestro impulso a Dios.²

Ésta es la explicación filosófica de Platón, quien entendió al amor como un “delirio divino”. En *Las batallas en el desierto* hay algo de esto, de hecho, el amor que Carlitos siente por Mariana es platónico mientras que *En los labios del agua*, se plantea la posibilidad de una continuidad de los deseos carnales que los miembros de “la casta de los Sonámbulos” dejaron inconclusos, a través de otras personas, en una especie de reencarnación.

²Denis de Rougemont, *Amor y occidente*, p. 63.

1. Definiciones

Es menester comenzar este primer capítulo con la definición de cada uno de los tópicos que utilizaré (amor, deseo, erotismo) para analizar las novelas de José Emilio Pacheco y Alberto Ruy Sánchez, ya que, de este modo los puntos estarán más claros y el trabajo que realizaré será mucho más fácil. Los términos deberán ser entendidos para fines literarios porque estos temas pertenecen más al campo de las ciencias de la psique, en las que el erotismo comienza con la atracción y deseo por otra persona, el segundo paso es seducirla a través de una serie de juegos y culminar en el acto sexual, o bien, comenzar en el mismo lugar pero desviarse hasta el punto de convertirse en una patología.

Si bien la definición no cambia, sí se trata de otra cosa pues José Emilio Pacheco y Alberto Ruy Sánchez exploran el tema del erotismo y lo trabajan de tal modo que el resultado final es una novela amena, disfrutable y altamente placentera. En esta exploración por la sexualidad y sus formas se hacen acompañar por el lector, de modo que escritor y lector recorren las páginas transformadas en ambientes que propician el deseo, la sensualidad y el amor.

Así, el escritor de literatura erótica debe ser entendido -y comprendido- como un ser humano que busca en nuevos mundos o que explicita y embellece lo que ya hay en este mundo pero nadie se atreve a ver, presenta al lector lo que ya conoce de un modo tan original que parece descubrirse apenas.

1.1 Erotismo, deseo y amor.

“Amor y deseo son dos cosas bien diferentes que no todo lo que se ama se desea ni todo lo que se desea se ama.”
Jaime Augusto

“El deseo es algo irracional por el cual uno siempre tiene que pagar un alto precio.”
Pedro Almodóvar

Las relaciones humanas son tan complejas como las personas mismas, en ellas influye un conjunto de factores para que funcionen de maravilla, como se espera, o bien, para que no se realicen. El tema del amor y sus acompañantes, en este caso, el erotismo y el deseo, es antiquísimo pues desde siempre el ser humano ha sentido la imperiosa necesidad de vivir la vida en pareja; los motivos son muchos, pero principalmente es por la atracción, es decir, una vez que la persona cree haber encontrado a su otra mitad ya le es imposible estar alejada de ella.

De este modo, estar enamorado significa locura y razón al mismo tiempo y junto al ser amado es como estar en el cielo,

[...] ya que el amor es el camino que sube por grados de éxtasis hacia el origen único de todo lo que existe, lejos de los cuerpos y de la materia, lejos de lo que divide y distingue, más allá de la desgracia de ser uno mismo. El eros es el deseo total, es la aspiración luminosa, el impulso religioso original llevado a su más alta potencia, la extrema exigencia de pureza que es la extrema exigencia de unidad. La unidad última es, empero, negación del ser actual, en su doliente multiplicidad. Así, el impulso supremo del deseo viene a parar en el no deseo, la dialéctica del eros introduce en la vida algo enteramente extraño a los ritmos de la atracción sexual: un deseo que ya no recae, que nada puede satisfacer, que rechaza y rehúye la tentación de cumplirse en nuestro mundo porque sólo quiere abrazar el todo. Es el *sobreponerse infinito*, la ascensión del hombre a su dios. Y éste es movimiento *sin retorno*.³

³Denis de Rougemont, *Op. Cit.*, p. 63.

Este tema ya ha trascendido su campo de estudio, ahora son varias las disciplinas que se ocupan, y preocupan, de dar una explicación a este complicado ámbito de la vida. Del amor, erotismo y deseo, o del amor y la sexualidad, se ocupan ciencias como la psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, la biología, la medicina y en lo referente a las humanidades: la filosofía, la sociología, la antropología, la teología y la literatura. Creo que, hasta ahora, todas ellas distan mucho de llegar a una verdadera conclusión y ante esta meta no cumplida todas tratan de explicar o de educar a la sociedad según convenga, por ejemplo, la Iglesia dirá que todo lo referente a la sexualidad es pecado e inmoral y atenta contra las buenas costumbres, no en vano se decía que la mujer decente no debe sentir placer en la cama o que la mujer que lo sentía tenía alma de puta. Por su parte, ciencias como la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis creen que el enamoramiento, la atracción, la seducción, el deseo y el placer tienen su origen en la mente y, según sea el caso, puede tratarse de un buen amor o de uno malsano.

Sin embargo, la filosofía y la literatura son las disciplinas que más próximas están a la razón de ser de estos sentimientos. Mientras que la literatura no se ocupa ni preocupa de dar explicaciones ni de responder interrogantes, la filosofía se cuestiona, reflexiona y trata de responder las preguntas ¿qué es el amor?, ¿por qué nos enamoramos?, etc., que han estado en el aire durante mucho tiempo. La literatura, más bien, es un campo de exploración de infinidad de temas; es como un gran laboratorio en el que el escritor mezcla sustancias, observa los cambios, los analiza y al final los presenta del modo en que cree que será más fácil de comprender: novela, cuento, ensayo o poesía.

El filósofo francés Michel Onfray, en *Teoría del cuerpo enamorado*, hace una reflexión sobre el tema del erotismo partiendo de *El banquete* de Platón. El prefacio del libro es un texto con el que Onfray introduce al lector, logrando captar su atención totalmente. Ésta se complementa muy bien con la excelente introducción escrita por el traductor ya que aclara que la intención del autor es: “promover un

tipo social de *eros* que se desprenda de las múltiples trabas a las que el cristianismo y la sociedad civilizada lo tienen sometido.”⁴

Bastante sabido es que *El banquete* es la célebre conversación sobre el tema del amor de la cual se desprende el famoso mito del hombre partido por la mitad, como castigo a su rebelación en contra de los dioses, mito muy similar al bíblico; y su necesidad de buscar incansablemente a su otra mitad para estar completo. Este hecho marcó para siempre el destino de los hombres: desde entonces son criaturas incompletas que “En la indagación, en la búsqueda desenfrenada y fatigosa de la mitad perdida. Cada pedazo deseoso de la totalidad abolida pide y quiere la parte que realizaría el todo.”⁵ La consecuencia de tal osadía es que los seres dediquen su vida a buscar esa otra mitad perdida; la búsqueda rara vez encuentra a la verdadera otra mitad.

Sin embargo, lo anterior no deja de ser una posible explicación filosófica del porqué del amor. En la vida real tal mito puede o no cumplirse. En la literatura, por ejemplo, en *Las batallas en el desierto*, el enamoramiento de Carlitos por Mariana es inocente e idealizado, ya que ella es un prototipo de belleza; el niño siente deseo más que por Mariana, por la mujer, pues cualquier mujer bella despierta algo en él. En contraparte, Juan Amado —personaje de *En los labios del agua*— se enamora de manera carnal de Maimuna. Todas las mujeres que pasan por su vida lo seducen, aunque a pesar de estas aventuras él siente la necesidad de estar con una sola mujer: Maimuna.

De modo que en la novela de José Emilio Pacheco la búsqueda de la otra mitad no es una prioridad, mientras que en la de Alberto Ruy Sánchez el deseo es el motor que impulsa a realizar esta búsqueda, pues sólo así se complementan los seres. Así tenemos que si en la ficción encontrar a la mitad que completa al ser humano puede o no ser importante, en la vida real lo es mucho menos ya que, en estos tiempos, los problemas político-sociales tienen más relevancia. Con esto no

⁴Ximo Brotons, “Nadie sabe lo que puede un cuerpo”, en Michel Onfray, *Teoría del cuerpo enamorado*, p. 11.

⁵Michel Onfray, “Capítulo primero: De la falta”, en *Op. Cit.*, p. 55.

quiero decir que a nadie le interese enamorarse, pero el mito de la mitad perdida ya no se ajusta al ritmo de la vida del siglo XXI; no es necesario que la persona amada complete a la otra persona, las diferencias también tienen cabida.

George Bataille es la autoridad en el erotismo. Estudió el tema desde el punto de vista antropológico, al tiempo que también realizó estudios sobre las religiones; ambos temas van de la mano ya que por originarse en la sexualidad el hombre “debería tener en cuenta —mucho más que cualquier otra cosa— las recompensas o los castigos que podrían sobrevenir después de la muerte...”⁶ Por lo que la religión, en algunos casos —como en el cristianismo— es un grillete que impide el goce de la sexualidad.

En *El erotismo* Bataille dice que:

Aunque no sea exactamente una definición, podría decirse del erotismo que es la aprobación de la vida hasta en la muerte; creo que esta fórmula expresa el sentido del erotismo mejor que cualquier otra. Si se tratara de una definición precisa habría que partir, sin duda alguna, de la actividad sexual como reproducción, de la cual el erotismo es una forma particular. La actividad sexual como reproducción es común a los animales sexuados y a los hombres; pero, en apariencia sólo estos últimos han hecho de su actividad sexual una actividad erótica, diferenciando así al erotismo —que no es más que una búsqueda psicológica independiente del fin natural acordado a la procreación y al cuidado de los hijos— de la reproducción.⁷

Ahora bien, en términos estrictamente definitorios el *Diccionario de la Real Academia Española* da tres acepciones para **erotismo**:

(Del gr. *eros*, *eros*, amor, e -ismo). 1. m. Amor sensual,

2. m. Carácter de lo que excita el amor sensual, y

3. m. Exaltación del amor físico en el arte.

Del **deseo** dice:

⁶George Bataille, “Prefacio del autor”, en *Las lágrimas de eros*, p. 31.

⁷*El erotismo*, p. 17.

(Del lat. *desidiūm*). 1. m. Movimiento afectivo hacia algo que se apetece.,

2. m. Acción y efecto de desear,

3. m. Objeto de deseo y

4. m. Impulso, excitación venérea.

Y del **amor** tiene muchas acepciones, por lo que sólo tomaré las que considero pertinentes:

(Del lat. *amor*, *-ōris*). 1. m. Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser,

2. m. Sentimiento hacia otra persona que naturalmente nos atrae y que, procurando reciprocidad en el deseo de unión, nos completa, alegra y da energía para convivir, comunicarnos y crear,

3. m. Sentimiento de afecto, inclinación y entrega a alguien o algo, y

4. m. Tendencia a la unión sexual.⁸

De las definiciones anteriores me parece que las cuatro acepciones del concepto “amor” engloban a los otros dos, erotismo y deseo, puesto que la primera definición habla de la necesidad de buscar y procurar la unión con otra persona porque se carece de ese alguien que dé completud y alegría, además de proporcionar placer sexual en la vida íntima de pareja. Y cómo no ha de englobar también el concepto de lo “erótico” si,

Según Corominas, este término tiene su origen en el siglo XVI, y fue tomado del latín *eroticus*, que a su vez derivó del griego *eroticós*, ‘amor’, y éste de Eros, dios griego del amor, hijo de Afrodita, correspondiente al romano Cupido. [...] Tiene a veces sentido peyorativo, implicando exageración morbosa del aspecto sexual, es decir, que excita el apetito sexual.⁹

⁸<http://www.rae.es/drae/>

⁹“Diccionario sexual”, *Algarabía*, 69, junio, 2010, pp. 40-41.

Por su parte, XimoBrotons lo explica de la siguiente manera:

En la experiencia íntima del *eros*, los cuerpos enamorados descubren su inmanencia más radical y propia. Ese descubrimiento es desgarrador y negativo porque no hay comunicación ni intercambio plenos de la intimidad de cada cuerpo, sin embargo, de ese desgarrar que indica el exceso propio de cada cuerpo y al que cada cuerpo se entrega, puede nacer una afirmación. Esa afirmación es el *amor*, “experiencia de la condición misma de la inmanencia como posibilidad radical de la plenitud” (Savater) [...] ¹⁰

El resumen de lo anterior es que el destino del hombre, sin importar su raza o condición social, no es otra que la vida en pareja porque sólo así puede sentirse verdaderamente completo. Su pasión y deseo deben volcarse sobre un objeto, otro ser, que corresponda de igual manera a sus sentimientos, obteniendo como resultado el perfecto ensamble de ambas mitades que conformen la unidad.

Pero la vida nos enseña que la moneda tiene dos caras, por lo que esta visión va perdiendo su vigencia en la actualidad mucho más ahora, que la innovación tecnológica interviene en las relaciones del ser humano con el mundo, es decir, basta con explorar en Internet para encontrar amigos o una pareja. Este cambio en la vida cotidiana resulta de vital importancia y revoluciona completamente las relaciones amorosas, puesto que Internet también rompe las fronteras geográficas, lingüísticas, raciales, religiosas, de edad, etc.

Entonces no hay finales felices garantizados para todos. El amor no es algo que fácilmente se pueda realizar: el ensamble perfecto de las mitades que conforman la unidad no siempre es posible. Se puede desear algo pero no tiene que ser algo o alguien que se ame y viceversa. En estos tiempos el amor idealizado ya no funciona porque los paradigmas han cambiado y lo que antes estaba establecido como regla ya no lo es más, por ejemplo, conceptos como el de familia o pareja-matrimonio no están fijos. Por lo que amor, deseo y erotismo no tienen que significar lo mismo que hace siglos.

¹⁰XimoBrotons, “Nadie sabe lo que puede un cuerpo”, en Michel Onfray, *Op. Cit.*, p. 11.

1.2 Erotismo vs. Pornografía

“Nunca he entendido muy bien la diferencia entre el erotismo y la pornografía. Alguien dijo una vez que erotismo era cuando lo hacían los ricos y pornografía cuando lo hacían los pobres.”
Fernando Trueba

Considero pertinente hacer una acotación sobre la diferencia entre el erotismo y la pornografía pues, aunque no es el caso de la novela de José Emilio Pacheco, sí lo es de la de Alberto Ruy Sánchez; sucede que a este último se le ha tildado de escritor pornográfico en lugares cuyas sociedades no perciben la sexualidad como algo natural sino como pecado, como es el caso de Vietnam. Por el tema de sus novelas, sus libros están prohibidos en varios países, sin embargo, su literatura llega hasta ellos a través de los blogs que el propio Ruy Sánchez escribe y a pesar de ser pensado como un autor de literatura pornográfica, él se define como un escritor erótico, un escritor que explora esta faceta de la humanidad; lo que responde cuando le preguntan si su literatura es pornográfica es: “El escritor pone el fuego, el lector lo enciende”.

La sexualidad —entendida como el conjunto de prácticas y comportamientos relacionados con la búsqueda del placer sexual y la reproducción¹¹— es algo muy natural y, quizá, lo que distingue al ser humano de la especie animal ya que, mientras los animales siguen su instinto y continúan con el ciclo de la reproducción —creo que también cuenta como erótico el hecho de que algunas especies hagan un cortejo para atraer a la pareja con la que se aparearán—, mientras que, por lo general, los seres humanos se valen de juegos, coqueteos e incluso la creación de fantasías; así pues, el acto sexual no sólo tiene como único fin la perpetuidad de la especie sino también funge como una actividad que otorga placer, diversión. Dada

¹¹“Diccionario sexual”, *Algarabía*, 69, junio, 2010, p. 41.

esta característica de naturalidad, muchos artistas la han expresado desde su particular visión, por ejemplo, en pintura se tiene el afamado —por “escandaloso”— cuadro *El origen del mundo*, del pintor realista francés Gustav Courbet, pero las demás artes no están exentas, aunque probablemente el estigma de la pornografía se hace más evidente en el cine por su carácter explícito y en la literatura, que muchas veces juega el papel de espejo de la sociedad. En ésta última muchos escritores y pensadores han sido tildados de pornográficos, obscenos, hasta de ir en contra de la moral y las buenas costumbres, el caso más célebre es el del Marqués de Sade.

La palabra “pornografía” está ligada al mal gusto y la controversia que desata al tratar de ver la cualidad artística en ella es tal que ha impedido la valoración de grandes artistas y de sus obras a lo largo de la Historia. No obstante, esto no es raro “en sociedades como la nuestra, conformadas a partir de las terribles ideas de culpa y arrepentimiento, la pornografía es altamente condenable porque atenta contra las buenas costumbres y la decencia.”¹²

La línea que divide a la pornografía del erotismo, y viceversa, es realmente muy sutil, llegando a ser imperceptible debido a que ambas hacen referencia al tema de la sexualidad, a la vida íntima de las personas. Desde sus orígenes el concepto de erotismo ha designado al amor apasionado, o sea, al deseo sexual, por lo que su relación con la sensualidad y la sexualidad es muy estrecha.

La palabra “erotismo” tiene dos sentidos puesto que está en medio de la picardía, en la que hay malicia en las acciones o dichos pero no una clara insinuación y el otro sentido es la pornografía, relacionada directamente con el sexo. Pero el verdadero significado de erotismo es aquello que se “dice bien”, sobre todo aquello que se “dice callando” porque en este concepto lo importante es la ausencia para que así se puede sublimar el acto sexual.

¹²Armando Casas y Leticia Flores Farfán, “Deseo de piel. Apuntes sobre erotismo y pornografía en el cine”, en *Escenarios del deseo*, p. 51.

En resumen, el erotismo se refiere al deseo entendido como el impulso humano que lleva a la búsqueda de la conformación de la unidad, o sea, de buscar y encontrar a la otra mitad. Éste busca atraer a esa otra mitad y se vale del coqueteo, de expresiones faciales y verbales; la connotación sexual puede ser máxima o mínima dependiendo de la intimidad o confianza que se tenga con la otra persona, es decir, tiene matices.

La pornografía, por su parte, es un comportamiento exclusivamente sexual en donde el punto más alto puede ser la depravación. Aquí no importa la seducción sino el fin único que es la obtención del placer propio sin tomar en cuenta el de la otra persona. El erotismo puede equivaler a un comportamiento cultural mientras que la pornografía se limita al acto sexual. Es decir que a pesar de todo el erotismo es más aceptado porque se explora en la intimidad, en contraparte la pornografía es algo que debería mantenerse oculto; sin embargo, esta última despierta más curiosidad que el erotismo porque se trata de un mundo social alterno.

Etimológicamente, *pornografía* viene de *pornós*, 'prostituta' y *grafos* 'escritura o dibujo': <<estudio de la vida y costumbres de las prostitutas>>. Posteriormente evolucionó como vocablo para hablar de un género de expresión de la sexualidad humana: primero, el francés Nicolás Edme Restif de la Brétonne en 1769 lo utilizó en su texto sobre las prostitutas; en 1857, se adoptó también a la lengua inglesa y se le relacionaba con la higiene; luego, en 1864, el diccionario *Webster* introdujo la palabra para describir pinturas licenciosas que decoraban espacios con aspiraciones orgiásticas.

En español, la RAE, la introdujo en 1899, en la que tenía tres distintas acepciones, que se mantuvieron hasta 1992 -sí, los hispanos siempre tan atrasados en sexualidad, hasta léxicamente -: 1. tratado acerca de la prostitución 2. carácter obsceno de obras literarias o artísticas y 3. las obras literarias o artísticas de ese carácter. Actualmente, la primera acepción es <<presentación abierta y cruda del sexo que busca producir excitación>>.

Pero lo que no se ha dicho es que la pornografía, además de la expresión de la sexualidad, es una trasposición de actividades, el llevar lo privado a lo público, es decir, *lo obsceno*, que es lo que está <<fuera de escena>>, la intimidad expuesta ante el ojo que la desee ver.¹³

¹³Kelly A. K., "Érase una vez... la pornografía", *Algarabía*, 69, junio, 2010, pp. 65-66.

Según esta explicación, no es de extrañar que la palabra pornografía figure en la lista de palabras estigmatizadas socialmente ni que encabece esta lista, porque no se le puede desvincular de otras como sexo o prostitución, que a su vez engloban el tipo de vocabulario considerado soez, sucio, de mal gusto. Las sensaciones que la pornografía despierta tampoco son dignas de personas que se digan decentes puesto que este término es usado para indicar las representaciones explícitas de los órganos y actos sexuales; ésa es la razón por la que se le rechaza:

En español esta palabra, *erotismo*, denota amor sexual o carnal vehemente, a veces, incluso, morboso, pero nunca debe confundirse con *pornografía*, *obscenidad* o *procacidad*, verbigracia, porque estas voces implican conceptos y talantes mucho más reprobables y negativos. Dicho de otra manera, *erotismo*, no es palabra peyorativa, mientras que aquéllas sí lo son.¹⁴

El erotismo es un estimulante que ayuda a la consumación del deseo, generalmente también implica amor, es el juego de la seducción y el placer no es individual sino compartido a diferencia de la pornografía, que solamente busca saciar la sexualidad contenida, su fin es estimular a quien la consume sin pasar por ningún preámbulo. Por ejemplo, en las películas catalogadas para adultos es común ver a dos o más sujetos, directamente, haciendo el coito pero no es una imagen agradable o estética porque sólo son dos cuerpos, dos sujetos: quien penetra y quien es penetrado, no más; además de que los gemidos ni siquiera son de los actantes sino que están fabricados, como si se tratara de la realización de efectos especiales. Michela Marzano lo explica así:

[...] el erotismo implica un relato -en imágenes o palabras-, una trama narrativa del deseo que lleva a un ser al encuentro del otro, a diferencia de la pornografía en donde jamás se apunta a narrar una historia, y en donde se representa a individuos que no se reconocen como sujetos de su deseo.¹⁵

¹⁴Mariano Benavente y Barreda, "El auge del erotismo griego a partir de finales del siglo IV a.C.", en *Erotismo y literatura*, p. 19.

¹⁵Armando Casas y Leticia Flores Farfán, "Deseo de piel. Apuntes sobre erotismo y pornografía en el cine", en *Escenarios del deseo*, p. 54.

Dicho lo anterior, una buena pregunta sería ¿tiene importancia la pornografía? La respuesta seguramente generaría un debate en el que los libertinos y los guardianes de las buenas costumbres defenderían sus posturas con uñas y dientes, sin embargo, este tema, que a su vez pertenece a otro gran tema tabú: el sexo, realmente despierta el interés de propios y extraños, todos opinan a favor o en contra, es como en la política: nadie puede callarse sus comentarios. Es así que en un breve ensayo (“¿Tiene importancia la pornografía?”) Huberto Batis da la respuesta: sí, la pornografía tiene importancia, y mucha; dice que en 1961 C. H. Rolph compiló una serie de estudios escritos por especialistas en varios ámbitos: legal, religioso, psicológico, antropológico y sociológico sobre el tema de la pornografía y la obscenidad y así tenemos que:

Lord Birkkett, por ejemplo, abogado, dice que no es fácil discriminar entre lo obsceno y lo pornográfico. Se supone -dice- que se refieren ambos términos a lo “ofensivo para el pudor o la decencia”, pero tal cosa no significa “gran cosa”, ya que los criterios tanto de pudor como de decencia cambian de una época a otra, de un país a otro. El problema más grave que plantean las leyes existentes sobre la cuestión, es que muy frecuentemente se ataca o deteriora la libertad de las artes. Se tendría que fijar una norma que protegiera a la literatura y facilitara la persecución de aquella pornografía que deprava y corrompe. Birkkett aboga incluso por un criterio que permita la “difusión sin malicia” de libros en parte o totalmente obscenos, antes que atentar contra la libertad de escritura.¹⁶

No es de extrañar que este abogado inglés —y además, a principios de la década de los sesenta— defienda la libertad de escritura, pues los europeos suelen tener la mente más abierta que los mexicanos, por ejemplo, pues estos últimos todavía no han podido liberarse totalmente del grillete religioso que promete el fuego del infierno para aquellos que no se conduzcan con decoro y no hay que olvidar que la práctica de la doble moral también juega un papel muy importante en esta sociedad ya que, como se dice por ahí, “se puede ser todo lo puta que se quiera mientras que nadie se dé cuanta”.

¹⁶Huberto Batis, “¿Tiene importancia la pornografía?”, en *Estética de lo obsceno (y otras exploraciones pornotópicas)*, p. 183.

Desde el punto de vista laico, la literatura erótica no representa ningún problema puesto que se considera una forma más de expresión, de libertad, de ver el mundo. En cambio, si se le toma desde el punto de vista de la religión, entonces sí que hay graves problemas porque se atenta contra el cuerpo y éste el templo donde habita Dios, es una terrible forma de pecar, como en el inicio de los tiempos lo hicieron Adán y Eva y toda falta tiene su castigo... a menos que en el último instante "el libertino" se arrepienta de sus pecados. Para la Iglesia, la sexualidad no es otra cosa que el gran pecado de la humanidad; si no se deja de pensar así, disfrutar de la sexualidad siempre será motivo de culpa.

No obstante, "El artista, en todo caso, no puede atender mandatos externos de moral convencional o de decencia social. La razón de que el gran artista no caiga en pornografía es que la evita como ofensiva a su sentimiento de belleza, aunque puede utilizarla".¹⁷

Hecha la aclaración, sostengo que no hay razón ni motivo para que Alberto Ruy Sánchez sea pensado o considerado como un escritor pornográfico puesto que en sus novelas los personajes son individuos que se reconocen como sujetos de su deseo, narra una historia y crea ambientes propios para el erotismo o bien, para detonarlo, además de que profundiza en la psicología de sus personajes, haciéndolos tan complejos como humanos, tanto que a veces el propio lector se pierde en los laberintos tramados por el autor, pero al final descubre que en el recorrido por los laberintos mogadorianos va acompañado por la poética voz narradora de Ruy Sánchez. "La pornografía es característica de las naciones altamente civilizadas, pero en ellas no constituye problema el graduar los límites de lo decoroso."¹⁸, y México aún lleva a costas el lastre católico impuesto por los españoles en la Conquista.

¹⁷*Ibid*, p. 184.

¹⁸*Ibid*, p. 183.

1.3 El erotismo en la literatura mexicana del siglo XX

*“El mérito está en el libro, en lo que la persona
lee en él, no en el autor.”
José Emilio Pacheco*

Hablar de literatura erótica, como ya lo dije anteriormente, resulta un tanto complicado por la falta de unidad respecto a la definición de erotismo y el debate que suscita, se trata de un tema, además, tabú. Por otra parte, el erotismo, al ser considerado como algo que va más allá de los instintos propiamente sexuales se ha convertido en un fenómeno socializado para que discutan los intelectuales y, “En este sentido, la literatura erótica no podría ser definida más que como separación o distancia con el mundo de la animalidad o de la naturaleza instintiva. Y su complejidad y riqueza como una consecuencia de esta distancia.”¹⁹

Los expertos en el tema del erotismo afirman que esta faceta de la sexualidad es útil para despertar la lívido y provocar excitación antes del acto sexual y así obtener placer. Esto es por un lado, por el otro se tiene que el escritor es una suerte de conciencia de la sociedad y como tal, su tarea consiste, casi siempre, en reflejar los usos y costumbres, levantar la voz por los desvalidos y, como decía Bécquer, con la imaginación sacar de la nada un mundo. La literatura es el lienzo inmenso en el que las pinceladas van hacia todas las direcciones y la pincelada del erotismo es la que aquí me ocupa.

El mundo erótico o sexual en general ocupa una parte importante de la vida humana (algunos célebres psicoanalistas creen que la domina por entero). Sin embargo no ha tenido buena prensa. La medicina, que parece ser la familia a la que pertenece, nunca lo consideró como algo suyo. A lo sumo era la pariente pobre que daba mala imagen o que estorbaba. Lo mismo ha ocurrido con sus manifestaciones literarias.²⁰

¹⁹Fernando García Lara, “Sucintas apostillas al erotismo literario español”, en *Erotismo y literatura*, p. 53.

²⁰ Enrique Montero Cartelle, “Tipología de la literatura erótica latina”, en *Op. Cit.*, p. 33.

El amor sensual no es un tema totalmente nuevo, se ha tratado desde la antigüedad. Escritores como Plauto, Aristófanes y filósofos como Platón reflexionaron al respecto. En el siglo XVIII el Marqués de Sade fue el encargado de escribir sobre la sexualidad vivida de un modo desenfrenado y libertino, como se dice vivió él mismo, pero esto fue en Francia. En México existe la noción del deseo sexual gracias a las novelas decadentistas del siglo XIX.²¹ Esta sensación, que Juan Coronado denomina como un “oscuro deseo”, surge a partir del final del siglo y del régimen porfirista, en este punto de la Historia todo está en decadencia, hasta el ambiente suscita el llamado de la muerte (el oscuro deseo).

Algunos escritores decadentistas, cuyas novelas recrean perfectamente este hastío finisecular son Amado Nervo (*Pascual Aguilera*), Rubén M. Campos (*Claudio Oronoz*) y Efrén Rebolledo (*Salamandra*), las dos últimas novelas fueron publicadas a principios del siglo XX. Para su tiempo, estas narraciones, seguramente, resultaron escandalosas, pues no se debe olvidar que la sociedad mexicana aún carga con la lápida de la culpa por sentir apetito sexual, y así se tiene que en la novela de Nervo el protagonista “muere de una hemorragia craneana ocasionada por un <<erotismo del cerebro>>” o lo que es lo mismo, porque no cumplió su deseo de poseer a una joven. *Salamandra* me parece la novela corta decadentista, del tema, mejor lograda ya que el personaje protagónico, Elena Rivas, es “la encarnación de un mito, la salamandra; la mujer de hielo y fuego; la portadora de muerte, la mujer fatal”. Haciendo alarde de su belleza Elena enamora a un joven poeta y lo enloquece de amor y deseo pero no le corresponde y aquél, desesperado,

²¹Mencioné al Marqués de Sade porque es el ejemplo por excelencia de escritor de literatura erótica, motivo por el que sufrió la censura. Mucho tiempo después, en el siglo XX, por fin sus libros vieron la luz con mayor libertad. Y para no comenzar tan abruptamente con este punto, retomé el final del siglo anterior, XIX, para comprender que el tema del erotismo en la literatura no se creó a partir de una generación espontánea sino que fue algo que se gestó en la decadencia finisecular y ha continuado su paso por las novelas, cuentos y poemas mexicanos hasta la actualidad. Además de que, como dije, este tema es un amplio y atractivo campo de exploración para los escritores, y para los lectores también.

se ahorca con la cabellera que la salamandra le enviara en una caja de terciopelo blanco.²²

Podría decirse que el siglo XX fue un siglo de muchos cambios, en todos los aspectos, que se reflejaron en la literatura. Así, el inicio se marca con la decadencia del Porfiriato para dar paso a la lucha revolucionaria de aquellos que creían firmemente en la igualdad y la justicia; en esta lucha se gesta la novela de la Revolución, cuyo máximo representante es Mariano Azuela con su célebre novela *Los de abajo*. Y así, a lo largo de las décadas de la centuria, en la literatura pasa de todo, sin embargo, el erotismo no fue un tema muy explorado por los escritores, quizá se debió a las costumbres de la época. En el momento en que los escritores dejaron atrás las tradiciones costumbrista, nacionalista y revolucionaria. Las nuevas generaciones tomaron la literatura desde otras perspectivas, incluso como un lugar en el que se podía experimentar, por ejemplo Los Estridentistas, quienes se manifestaron como escritores diferentes al escribir textos de vanguardia, que no fueron muy comprendidos en su tiempo, pero que hoy son valorados. Y Los Contemporáneos, aunque principalmente fueron poetas, también fue un grupo de escritores con otras preocupaciones, por ejemplo, el amor, tema tan trabajado por Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, quienes de manera tierna y a la vez sensual exaltaban a Eros; hablaban del amor de manera romántica pero también con dejes de ardiente sensualidad, sobre todo visible en la poesía de Novo. El erotismo fue un tema tratado y explorado, en general, por los poetas.

A la mitad del siglo surgió la llamada Generación de Medio Siglo que también imprime su sello de originalidad en sus escritos, los cuales generalmente fueron experimentales; es el caso de Salvador Elizondo cuya novela *Farabef* ejemplifica perfectamente. Estos autores le dieron suma importancia a la escritura, que muchas veces es el personaje protagonista de sus historias. Los escritores de La

²²Cfr. Juan Coronado, "El oscuro espacio del deseo: la muerte. Tres novelas del decadentismo mexicano", en *Escenarios del deseo*, pp.63-73.

Las citas entrecomilladas que aparecen en este párrafo fueron tomadas del ensayo de Coronado.

Onda también se deshicieron de los atavismos impuestos; ellos se atrevieron a hablar sin tapujos de la sexualidad y las drogas, en fin, de los problemas que aquejaban —y aún— a la juventud.²³

A pesar de lo que pudiera creerse, el escandaloso tema del erotismo literario no sólo es un “problema” en la literatura mexicana puesto que la censura se aplica de manera pareja:

Hay una falta de lógica moral en lo que se permite dar a la publicidad en los medios masivos; se hace el tabú sobre lo sexual pero se describe con todo realismo el asesinato, por ejemplo, con abundancia de fotografías. A las funciones sexuales suele aludirse con términos como obscenidad, procacidad, suciedad, inmoralidad, y rara vez con el que más les conviene: erotismo, y se procura prohibir hablar de ellas, excepto en tratados científicos, aduciendo que son materia de corrupción y degradación. Es obvio que en la historia, el teatro, la poesía, la narrativa pornográfica, a menudo escritos por grandes artistas y pensadores, ayudaron al hombre a “comprender su naturaleza sexual”; comprensión de cuya difusión depende el desarrollo saludable tanto de los individuos como de la sociedad (“la mayoría de nosotros no alcanzará esta comprensión a partir de su propia experiencia, limitada, sino más bien de lo que otros escriben”).²⁴

Concuero con lo anterior, y mucho. La violencia siempre ha existido pero últimamente es el pan de cada día en México y en el mundo entero; los noticieros se han convertido en portadores de malas nuevas: guerra en el Medio Oriente, ataques terroristas, secuestros, asesinatos, etc. y los puestos de periódicos están llenos de lo mismo: la primera plana suele ser la nota roja con imágenes enormes y a todo color, sin embargo, algunos periódicos ya no toman en serio lo que publican pues los encabezados, generalmente, son frases en doble sentido y en tono burlesco, pero esto no implica ningún vicio para la sociedad como sí lo hace el erotismo o ciertas palabras estigmatizadas.

²³Al mencionar sólo a algunas generaciones no pretendo desacreditar a las otras ni menos, pues todas son igualmente importantes y contribuyen al enriquecimiento de la literatura mexicana. Mencioné a las que se rebelaron contra el nacionalismo que imperó durante mucho tiempo; a las que quizá son las más significativas, por lo menos hasta ahora.

²⁴Huberto Batis, “Erotismo en literatura”, en *Op. Cit.*, p. 187.

Sin embargo, llama mucho la atención que la primera página de los periódicos baratos se divida en dos, de un lado aparece el occiso y del otro, una mujer exuberante en poca ropa, o casi nada. ¿Será que la “pornografía” comienza a ser algo “normal” en este mundo loco? ¿O quizá nos muestran una alegoría del sexo y la violencia?

La descripción detallada e ilustrada de un asesinato no causa un impacto tan fuerte como lo hicieron, por ejemplo, los poemas contenidos en *Estatua de sal*, autobiografía de Salvador Novo, que claramente se refieren al amor homosexual y así podría continuar con una lista interminable de títulos censurados por escandalosos y que atentan contra las buenas costumbres y la decencia. Y sí, uno aprende no sólo de lo vivido sino también, y aún en mayor medida, de lo que otros escriben, es así que todos sabemos que París es una ciudad magnífica, que en Londres llueve mucho, que Madrid tiene el verano más apabullador o que la Guerra Civil Española fue catastrófica, en fin, lo que leemos también nos enseña. Actualmente tenemos otra ventaja más: el cine y la televisión, de los cuales también se aprende; a falta de información, el sexo y sus juegos pueden aprenderse en las películas.

El mismo entorno familiar no permite que se hable de sexo sin que los colores se suban al rostro, pues el padre de familia aún no supera la etapa del machismo, por ende, si la hija decide iniciar su vida sexual rápidamente cae la deshonra sobre la familia, en cambio, si es el hijo, no pasa nada porque es hombre. Pareciera que hasta el erotismo es diferente para los hombres y para las mujeres, cuando el tema, y el fenómeno social en que se ha convertido, van más allá de una simple cuestión de géneros:

Había entre los libros de circulación permitida un gran número de ediciones dizque “eróticas” para mujeres, novelitas de amor color de rosa, en las que en todo caso lo sexual aparecía envuelto en una atmósfera de vergüenza y de culpa, miedo o frustración; [...] Los hombres necesitaban, en cambio, libros de mayor temperatura, y buscaban sobre todo aquellos en los que los personajes

eran capaces de desplegar en todo momento una intensa actividad sexual, con clímax en cada página.²⁵

Ahora bien, en lo que se refiere exclusivamente a los autores que me ocupan en este trabajo pues, José Emilio Pacheco es integrante del grupo denominado Generación de Medio Siglo, es un excelente y prolífico escritor que lo mismo crea cuentos, novelas, poemas o ensayos; no obstante, no deja de lado el tema del erotismo, ya que además esta generación parece estar envuelta en él, en general, sus intereses son otros muy distintos a los de sus antecesores:

Los rasgos generales de los escritores agrupados en esta generación [de Medio Siglo] son, por un lado, una posición contraria al nacionalismo cerrado, que entraña una perspectiva cosmopolita, una apertura hacia el exterior y un pluralismo -“lo nacional es universal porque pertenece a todos”, afirma Juan García Ponce-, un afán de universalidad -siempre subordinada a la *calidad* del texto, al hecho de considerar al texto literario como un valor en sí mismo-, y la producción de una literatura de carácter fundamentalmente urbano, así como una actitud crítica frente a la cultura.²⁶

Estos escritores se tomaron muy en serio su oficio, por lo que escribir no sólo era crear la historia sino que también implicaba la construcción del sujeto. En la literatura de la Generación de Medio Siglo, el tema importante era la escritura en sí -el caso más evidente es el de Salvador Elizondo, quien parece estar en constante experimentación con la escritura, la piensa, la siente, juega con ella, la seduce y lo mismo hace con el lector; algunas veces también la convierte en personaje- creando así el efecto de estar frente a historias cuya trama no es previsible, que exige total atención por parte del lector para que pueda ser verdadero partícipe de lo que lee.

A este grupo se le ha tachado de ser una “generación intelectualizada” tanto por su formación como por sus aficiones personales; gran parte de esta “intelectualidad” se debe a que concebían la escritura como un universo rítmico y visual, evidente en sus escritos, sin embargo, esto no es sino parte de su mirada a la cultura universal, de su cosmopolitismo. Pero la escritura también es el medio o la

²⁵ Huberto Batis, “Erotismo y pornografía”, *Op. Cit.*, p. 199.

²⁶ Juan Antonio Rosado y Adolfo Castañón, “Los años cincuenta: sus obras y ambientes literarios”, en *La literatura mexicana del siglo XX*, p. 299.

herramienta con la cual descubren el mundo y ofrecen al lector una perspectiva diferente de la cotidianidad, valiéndose de ciertos efectos como el cambio de voces narrativas o de foco en la narración, saltos en el tiempo y espacio, la mezcla de realidad y fantasía, etc., tal y como lo explica Vicente Robalino en su análisis “Escritura y erotismo en tres narradores mexicanos del 50”:

En efecto, las estrategias textuales de cada uno de estos escritores (perspectiva múltiple, retrospectivas, anticipaciones; contraposición de planos...) hacen que el lector se quede <<suspendido>> cuando parece que el sentido ya ha sido capturado. Este juego de luminosidad y penumbra de la acción y los personajes, acrecienta las expectativas del lector y lo convierte en cómplice o partícipe de una revelación: el erotismo, sugerido como tema y <<traducido>> como simbolización expresiva, es decir, como un hecho de la escritura.²⁷

Queda claro que este tema no fue abordado ampliamente por los escritores mexicanos del siglo XX, sino que se trató de un pequeño sector “impúdico” que se atrevió a contrariar los temas de la época y que, más bien, este tabú se le dejó a la poesía porque ella permite, y tiene la capacidad de la catarsis y del sentimiento, pues es más sensorial que una novela o un cuento.

Afortunadamente la literatura mexicana cuenta con grandes genios de la pluma que supieron expresar y explorar la sensualidad a través de sus historias. Así se tiene que Alberto Ruy Sánchez es el escritor de novela erótica por antonomasia, que además juega con el tema y la estructura de sus escritos ya que, bien pueden ser un gran poema o un cuento largo o una novela o, incluso -y como él lo ha referido en entrevistas- un ensayo poético, pero siempre dentro del erotismo. Se dio a conocer con la novela *Los nombres del aire*, misma que le otorgó el prestigioso premio de novela “Xavier Villaurrutia”. Con esta novela inaugura lo que después llamaría “El quinteto de Mogador”, compuesto por las novelas *En los labios del agua*, *Los jardines secretos de Mogador*, *La mano del fuego* y *Nueve veces el asombro*; en todas ellas el deseo es la columna vertebral.

²⁷Vicente Robalino, “Escritura y erotismo en tres narradores mexicanos del 50”, *Kipus*. Revista Andina de Letras, Ecuador, 13, 2001, p. 38.

Y José Emilio Pacheco tampoco ha quedado exento de este tema tabú social, y, aunque de manera un poco más discreta, también ha trabajado el tema; la prueba más evidente -para mí- es la novela²⁸*Las batallas en el desierto*. En el caso de Pacheco, el erotismo no es el tema principal sino la anécdota, o sea, la historia de amor de Carlitos y Mariana. El tema es la “modernización” del México de los años cincuenta, que llega tan repentinamente que nadie sabe cómo “ser moderno” y toman como ejemplo todo aquello que no fuera representativo de lo mexicano; las apariencias también juegan un papel importante dentro de esta modernización que los mexicanos no alcanzaban a comprender cabalmente y se refleja en la literatura:

Si en la obra de Octavio Paz la experiencia de un latinoamericano adquiriría la dignidad de su libertad de opiniones, en la de Carlos Fuentes esa experiencia se cree capaz de rehacer el mundo moderno con sus propias demandas y versiones. Que éste es un proceso que parte de la existencia cotidiana y comunitaria, y que por lo mismo está hecho no de grandes palabras sino de la palabra zozobante de la sobrevivencia diaria, se hace patente en la obra de José Emilio Pacheco; esa obra, una de las más fieles y solidarias, revela desde la

²⁸En términos de género *Las batallas en el desierto* ha sido catalogada como una novela corta o *nouvelle*; la causa principal es su extensión.

Mario Benedetti, en un estupendo análisis, marca las grandes diferencias que existen entre el cuento, *nouvelley* novela; para empezar y contrario a lo que otros piensan, afirma que se trata de tres géneros literarios y que esta polémica es originada por los editores, pues, según la extensión de los textos, ellos deciden dónde encasillarlos. Sin embargo, existen términos para nombrar a los textos que no son ni una novela ni un cuento: “Para designar una obra narrativa de 50 a 120 páginas, no tenemos en español una denominación propia (como no sea la inexacta *novela breve* o la errónea y desagradable *novelita*) pero en la jerga literaria la voz francesa *nouvelle* o la inglesa *short-story*, cumplen generalmente ese cometido”. (Mario Benedetti, “Cuento, *nouvelle* y novela. Tres géneros narrativos”, en *Teorías del cuento I*, Comp. de Lauro Zavala, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, p. 217.)

La palabra que define a la *nouvelle* es “proceso” porque recurre a la explicación, es decir, está rodeada de antecedentes, de detalles y de consecuencias. Según lo anterior, *Las batallas en el desierto* entra perfectamente dentro de este género ya que Carlitos, el personaje principal, narra los hechos desde su perspectiva infantil-adolescente y la adulta, de modo que cuando escuchamos a Carlitos (antecedentes y detalles) podemos entender al Carlos adulto (consecuencias) y entonces el “proceso” se cumple: Pacheco nos relata el proceso de transición de Carlitos, de niño a adolescente, en un escenario conocido, en parte, para el lector, con un lenguaje natural, casi coloquial, y con referencias que existieron, algunas que aún sobreviven. Así tenemos que la genial pluma de José Emilio Pacheco lleva al lector en una excitación progresiva de su curiosidad y su sensibilidad.

Sin embargo, en mi tesis la denominaré simplemente novela porque no estudiaré su pertenencia a algún género narrativo sino el erotismo.

conciencia agonista de la crítica el drama de una modernidad que genera nuevos desheredados.²⁹

Alberto Ruy Sánchez pertenece a una generación de escritores contemporáneos, es decir, que nacieron en la década de los cincuenta y comienzan a publicar a partir de los años setentas u ochentas, que aún viven y siguen vigentes. En su caso, los temas que trabaja —el erotismo, la muerte y la trascendencia— hacen de su obra algo universal, o sea, abierto, amplio, de interés general que, aunado a su estilo, resulta maravilloso para el lector.

El oficio de escritor permite que se pueda realizar un verdadero ejercicio de expresión y crítica haciendo partícipe a su lector. En el caso de José Emilio Pacheco, se dice que tanto en su poesía como en la prosa, siempre expresa su mayor preocupación: el paso del tiempo. El tiempo mismo que es algo que sucede y que no está sujeto a nada, pasa y pasa sin detenerse y nunca vuelve. Es esta enorme interrogante la que lo ha hecho escribir “una narrativa que explora, con la misma maestría, la reminiscencia entre nostálgica y aterrada de la infancia: la estampa histórica [...]”. Al respecto Armando González Torres habla de una inclinación moral en la obra de Pacheco, dentro de la cual “Quizá podría hablarse de tres inquietudes principales en la visión moral de Pacheco: la prevención ante el progreso, la necesidad de mirar el pasado y la relevancia de convivir con la naturaleza.”

Tal vez para Pacheco estos temas sean relevantes porque fue la época histórica que le tocó vivir. Pero tampoco se puede olvidar que el siglo XX fue una época convulsa y en constante cambio en todos los aspectos, mismos que se reflejaron en la literatura. Los primeros años fueron los de la búsqueda de identidad nacional, de asumirse como mexicanos independientes de la Corona española. Después de la novela de la Revolución hubo movimientos de vanguardia literaria en Europa y América Latina; México aportó El Estridentismo. Más tarde, a

²⁹Julio Ortega, “La literatura mexicana y la experiencia comunitaria”, *Revista Iberoamericana*, p. 606. Tomado de <http://www.revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/iberoamericana/article/download/4612/4778>.

la mitad del siglo, surgió la generación que dejaba atrás, para siempre, esta literatura nacionalista y profundiza en otros aspectos, por ejemplo, el erotismo.

Algunos miembros de esta generación son, además de José Emilio Pacheco, Juan García Ponce, José de la Colina, Juan Vicente Melo, Salvador Elizondo, Eraclio Zepeda, Inés Arredondo, Huberto Batis; ellos experimentaron con la literatura tomando la propia escritura como objeto y sujeto, es decir, era el medio de expresión pero también un personaje, lo mismo sucede con la Ciudad de México, que Carlos Fuentes ya había propuesto como personaje en *La región más transparente*. Elizondo, por su parte, hace múltiples experimentos con la escritura y el modo de contar (perspectiva, voces narrativas, cambios de foco), pero también se preocupa por el paso del tiempo, por ejemplo, en el cuento “La historia según Pao Cheng”, el personaje-narrador se asusta al descubrirse como un recuerdo del filósofo chino y para no morir tiene que seguir recordando; el olvido no es una opción. Juan García Ponce en su novela corta *El gato*, narra la historia de una pareja moderna; hay un erotismo muy cargado: juegos sexuales a los que la pareja sucumbe, por ejemplo, el voyerismo pues, a Andrés le gustaba ver cómo Alma coqueteaba y se dejaba besar por hombres desconocidos, y a ambos les excitaba el hecho de que el gato que merodeaba por el edificio pudiera verlos y se quedara allí, en la ventana o en la puerta, mirándolos hacer el amor. En la historia también es interesante que la estructura sea como la de una obra de teatro, con acotaciones y diálogos. Inés Arredondo también hace a un lado los tapujos que el erotismo pudiera representar y escribe el cuento “La Sunamita”. El escenario es algún pueblo, el tiempo, “un verano abrazador”, el último de la juventud de Luisa (La Sunamita), quien llega ahí para acompañar los últimos momentos de su tío, quien la había querido como a una hija. Ella se presenta como una joven hermosa, cándida pero incapaz de despertar la lujuria de los hombres: “Las miradas de los hombres resbalaban por mi cuerpo sin mancharlo y mi altivo recato obligaba al saludo deferente.” Mientras esperan la muerte de Leopoldo, sucedió que la presencia de Luisa cambia todo pues éste le pide casarse con él *in articulo*

mortis para heredarla y que los otros sobrinos no la despojaron; la propuesta era un verdadero dilema ético pues Leopoldo era su tío, a quien ella quería como un padre pero también era un moribundo que quería dejarla protegida. El sacerdote es quien prácticamente la obliga a aceptar. La convence diciéndole que el señor pronto morirá y ella quedaría joven, rica e inmaculada. Luisa cede a la presión, sin embargo, el tío no muere antes bien, la lujuria, su deseo incontenible de poseerla es lo que lo mantiene vivo. El peor de los pecados era el que lo sacaba de la tumba una vez que ella estaba a su lado hasta que por fin muere, “Pero yo no pude volver a ser la que fui. Ahora la vileza y la malicia brillan en los ojos de los hombres y yo me siento ocasión de pecado para todos, la más abyecta de las prostitutas.”³⁰

La Generación de Medio Siglo fue el grupo de escritores que transgredió el canon literario al retratar la intimidad y la cotidianidad: “el erotismo se presenta tanto en el tema como en su expresión, asimismo puede aparecer sólo en la escritura; ésta es, precisamente, una de las características de esta generación: la elaboración de un discurso que produce una lectura placentera.”³¹

Siguiendo la línea del tiempo tenemos que en los sesentas apareció la llamada literatura de La Onda, que hablaba de la juventud y sus problemas: sexo, drogas y rock and roll. La ciudad seguía siendo el escenario, pero esta vez eran colonias un tanto marginadas como Tepito, lo mismo que sus personajes: homosexuales, teporochos, juniors o yupis, etc. Luego, el movimiento estudiantil de 1968 también se convirtió en tema. La literatura de los setentas y ochentas siguió más o menos por el mismo camino. En 1981 José Emilio Pacheco publica *Las batallas en el desierto* y en 1987 Alberto Ruy Sánchez irrumpe en la escena literaria con su primera novela sobre el deseo, *Los nombres del aire*, a la que sigue *En los labios del agua*, en 1996.

³⁰Todas las citas referentes al cuento “La Sunamita” fueron tomadas de “La Sunamita de Inés Arredondo”, http://cuentosycuentistas.blogspot.mx/2012_03_01.html, consultado en noviembre de 2013.

³¹Vicente Robalino, “Escritura y erotismo en tres narradores mexicanos del 50”, *Kipus*. Revista Andina de Letras, Ecuador, 13, 2001, p. 41.

En el caso de Alberto Ruy Sánchez ha sido difícil etiquetar o agrupar sus novelas, sobre todo el llamado “Quinteto de Mogador”, porque, como él mismo lo ha externado en entrevistas, los editores no sabían qué era lo que les presentaba; algunos decían que eran novelas, otros, ensayos y otros, poesía. Él las clasificaba como ensayos poéticos hasta que encontró otro término más adecuado: “He utilizado el término ‘prosa de identidades’ para nombrar una prosa intermedia entre la poesía y la prosa propiamente dichas, muy parecidas en su composición al poema extenso, en la cual están escritos mis libros [...]”.³² De este modo, se entiende que se trata de un género intermedio, vacilante y sin embargo sumamente interesante. La prosa de intensidades vino a refrescar la literatura mexicana; de nueva cuenta el escritor pone al lector frente a algo que no es totalmente nuevo, más bien, es el rescate de una forma de escritura. Se trata del entrecruce de la cultura árabe-andaluza con la mexicana, cosa que apasiona enormemente a Ruy Sánchez: entender y asumir, con consciencia, la herencia árabe aunada a la hispana. *En los labios del agua* explora esta combinación cultural y la manera en que Juan Amado vive su aventura corporal y espiritual para llegar a Hawa. “El libro afirma implícitamente que los mexicanos somos muy árabes y no tan sólo españoles e indios, y eso a muchos incomoda, extraña.”

³² Alberto Ruy Sánchez, “La prosa de intensidades”, en *Literatura mexicana hoy*, p. 176.

2. Creación de atmósferas para el erotismo y recursos literarios

*“El que tiene imaginación, con qué facilidad saca de la nada un mundo.”
Gustavo Adolfo Bécquer*

Escribir una historia no es fácil. Se tiene que pensar en los protagonistas, en sus nombres y en su vida o en lo que se quiera contar de ella, pero también es necesario situarlos en el mapa, dibujarles un escenario y adornarlo con escenografía; en palabras de Bécquer, imaginarles un mundo. El oficio de escritor requiere de mucho empeño, sobre todo, de una enorme sensibilidad. El escritor tiene la misión de hacer evidente lo que los demás no logramos ver, nos lleva de la mano a donde él quiere que vayamos y con su lucidez nos muestra la verdad a través de la fantasía o de la mezcla de realidad y fantasía porque

La literatura —ese diálogo horizontal con el otro— es una fuerza democratizadora, tanto por su apelación al tú del lector, semejante en el lenguaje con que rehacemos este mundo diferente; como por su apelación crítica, impugnadora y defundante, capaz de poner en duda los privilegios de la ideología que pasa por única verdad posible.³³

Tanto la novela de Pacheco como la de Ruy Sánchez son sumamente placenteras, mantienen al lector cautivo desde la primera línea, la primera porque está catalogada como una novela de iniciación o de educación sentimental y la historia de Carlitos resulta, de cierto modo, trágica. La segunda, porque tiene una estructura compleja de espiral que envuelve al lector junto con Juan Amado. Aquella es la historia de un amor a todas vistas imposible, el enamoramiento de un casi adolescente por una mujer, que además, era la madre de su mejor amigo; ésta es la historia de un escritor que debe continuar los deseos eróticos de Aziz, un calígrafo árabe.

³³*Ibid*, p. 605.

Enamoramiento es la palabra que describe los sentimientos de Carlitos, que aún era un niño, bueno, un preadolescente que queda impactado por la belleza de Mariana, la mamá de su amigo Jim y también por las atenciones que tiene con él. Como dije antes, quizá este sentir surgió por el impacto visual del niño al ver por primera vez a la mamá de su misterioso amigo; el verla, tener contacto y hablar con ella fue como desvelar un poco del gran misterio que envolvía a esa familia, que ya casi era un enigma para todos los compañeros de escuela. Ahora bien, Ruy Sánchez es más explícito en las cuestiones del cuerpo, el alma y sus necesidades. Describe perfectamente todas las sensaciones de Juan Amado/ Aziz y gracias a este artificio literario es que podemos sentir el viento del puerto de Mogador.

Evidentemente es una cuestión de estilos, quizá también estén involucradas las experiencias personales de los propios autores ya que Pacheco, nacido en 1939, era un niño cuando México se vestía de modernidad en el sexenio de Miguel Alemán (1946-1952). El trauma de la Segunda Guerra Mundial aún estaba reciente y José Emilio narra magistralmente la vida de esta época, recrea una parcialidad de la clase media mexicana citadina.

La familia de Carlitos no logra ser totalmente citadina, mucho menos moderna, pues, su madre sigue actuando según las buenas costumbres aprendidas dentro del seno familiar tapatío; cree que los hombres pueden hacer lo que sea su voluntad porque son hombres, aunque enloquece cuando se entera de que Carlitos le ha confesado su amor a Mariana. El padre del niño, como buen hombre, tiene su “casa chica” sin dejar de ser intachable, es el encargado de llevar el sustento al hogar y para entrar al círculo de la modernidad vende su fábrica de jabones, que además estaba siendo absorbida por los detergentes gringos; el progreso iba de la mano del dominio yanqui, por lo tanto, de manera autodidacta aprende inglés.

José Emilio Pacheco reconstruye la época en que el país se disfrazaba de avanzado. Carlitos trae a la actualidad un mundo con la enumeración de sus recuerdos que tienen como escenario la colonia Roma de la Ciudad de México:

[...] la *nouvelletiene* como escenario la Ciudad de México, y más concretamente, el barrio de la Roma. A lo largo de las páginas, Pacheco recuerda del barrio una escueta pero temible zona (Romita); avenidas como Insurgentes, Álvaro Obregón y la Calzada de la Piedad (hoy Cuauhtémoc); calles como Tabasco (donde vivían Mariana y su hijo Jim), Zacatecas (donde vivía el niño Carlos) y Córdoba; parques (el Urueta y el Ajusco), la iglesia (Nuestra Señora del Rosario), la nevería de La Bella Italia, el salón de belleza Alfonso y Marcos, la ferretería La Sirena... La Ciudad de México ha sido para Pacheco una Ítaca inevitable a la que una y otra vez regresa tanto en la vida como en su poesía y su literatura.³⁴

Las atmósferas creadas en las escenas en las que Carlitos y Mariana están juntos son erótica, aunque estén dispuestas de manera sutil: Mariana despierta “algo” en Carlitos, le provoca extrañas sensaciones, desconocidas hasta entonces, aunque Héctor, su hermano mayor, lo había inducido a la masturbación como exploración de su virilidad —en todo caso, de su sexualidad— él sólo lo hacía cuando escuchaba que su hermano estaba por llegar, para que no pensara que era marica, porque a falta de mujer tenía que “hacerse la chaqueta”.

No obstante, el hermano pequeño es distinto a los otros hombres de su familia: es tierno, tiene sentido de solidaridad —demostrado con el pobre Jim, que no era del todo aceptado por sus demás compañeros por ser extranjero, gringo, y proveniente de una familia no convencional—, sabe ser amigo y no le interesa masturbarse, quizá porque no alcanza a comprender lo que es o tal vez porque está hecho de otro barro. La emoción del enamoramiento la siente cuando ve a Mariana por vez primera y queda prendado de su belleza, entonces todo cambia y tiene como fondo musical el bolero “Obsesión”.

Pacheco se vale del recuerdo, a veces claro y otras, complejo, como si fuera un flashazo, da santo y seña de la época que le toca vivir a Carlitos, de su entorno familiar y social. La novela consta de doce pequeños capítulos, cada uno titulado según lo que contará, todo narrado en primera persona, es decir, desde la perspectiva de Carlitos, que se alterna con la voz del adulto, Carlos; con la voz

³⁴ Marco Antonio Campos, “Novedad de *Las batallas en el desierto*” (novela de José Emilio Pacheco), “Confabulario”, Supl. cultural de *El Universal*, 168, 7 julio, 2007, p. 7.

narrativa José Emilio hace un juego muy interesante pues, el personaje protagonista es quien siempre tiene la palabra, salvo en los diálogos que rescata, un Carlos adulto es quien inicia la novela: “Me acuerdo, no me acuerdo: ¿qué año era aquél?”. No da una fecha exacta, pero enumera las cosas que había: supermercado, radio, programas como El Llanero Solitario, Los Niños Catedráticos, El Doctor I.Q., etc, los primeros coches producidos después de la guerra: Packard, Cadillac, Dodge, Hudson, Pontiac y las canciones de moda eran “Sin ti”, “La burrita”, “La múcara”, “Amorcito corazón” y el antiguo bolero puertorriqueño “Obsesión”, de Pedro Flores, que sonaba en todas partes: “Por alto esté el cielo en el mundo,/ por hondo que sea el mar profundo,/ no habrá una barrera en el mundo/ que mi amor profundo/ no rompa por ti.”³⁵ Al respecto, Edith Negrín apunta que:

[...] en *Las batallas en el desierto* se alternan y conjuntan dos voces narrativas, ambas en primera persona, correspondientes al mismo personaje, pero en distintos momentos. Una es la voz del adulto Carlos quien rememora el episodio de su enamoramiento de Mariana. La otra voz es la del niño que fuera ese adulto, Carlitos, quien asienta con frescura su versión simultánea al tiempo en que ocurrieron los hechos. [...] la vida de Carlitos, hijo de una familia perteneciente a la moviediza clase media mexicana, transcurre en diversos espacios de una ciudad capital de crecimiento acelerado, donde el devenir urbano resiente las contradicciones sociales, debidas a la injusticia del sistema económico y la descomposición del político.³⁶

El recuerdo es el hilo conductor de esta maraña de hechos que a la vez son reales pero también existe la duda de ellos, el claro ejemplo es la propia historia sobre Mariana y su hijo, Jim, que para Carlitos fue tan cierto como él mismo y, a pesar de que Rosales le cuenta lo sucedido con ellos después de que lo cambiaran de escuela y él salga corriendo a buscarla, se topa con que nadie la conoció.

El primer encuentro entre Carlitos y Mariana se da gracias a la amistad que forja con Jim tras defenderlo de las burlas de sus compañeros, éste, en

³⁵José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*, p. 10. En adelante sólo pondré entre paréntesis el número de las páginas citadas.

³⁶Edith Negrín, “Del amor infantil en la novela corta: *El principio del placer* y *Las batallas en el desierto*”, en *Una selva tan infinita*, p. 47.

agradecimiento lo invita a merendar a su casa, un departamento del tercer piso que “olía a perfume, estaba ordenado y muy limpio”, adornado con fotografías de Mariana, Jim y su padre, quien, según éste, era parte del gabinete del presidente. Muchas cosas se decían de Mariana: que en realidad era la *querida* del señor, que el verdadero padre de Jim era *periodista gringo*, pero en lo que no se equivocaron fue en que era joven y muy bella: “Nunca pensé que la madre de Jim fuera tan joven, tan elegante y sobre todo tan hermosa. No supe qué decirle. No pude describir lo que sentí cuando ella me dio la mano. Me hubiera gustado quedarme allí mirándola.” (pp. 27-28)

La primera impresión fue arrolladora, las fotografías fueron la premonición de la belleza de Mariana pero verla en vivo, sentir su mano, oler su perfume fue impactante, tanto que Carlitos no supo cómo comportarse durante la merienda así que hizo lo que su nerviosismo le permitió sin olvidar los consejos de Harry Atherton: “Mastica despacio, no hables con la boca llena.”, tampoco pudo entablar conversación porque no sabía qué decir, sólo se limitó a responder las preguntas de Mariana sobre su familia. Al darse cuenta de la hora, se despidió rápidamente pero ya nada fue igual para él porque se había enamorado: “Cómo me hubiera gustado permanecer allí para siempre o cuando menos llevarme la foto de Mariana que estaba en la sala.” (p. 30)

Este nerviosismo y angustia de Carlitos sólo corresponden a la fuerte atracción que siente por Mariana, y que después se vuelve enamoramiento; amor que jamás será correspondido, que está destinado al fracaso porque ni siquiera comenzará, que tiene demasiados obstáculos en su camino: la abismal diferencia de edades -ella es una “anciana” de veintiocho años y él un niño de diez-, el hecho de que ella sea la mamá de su amigo, que muchos la consideren (y que en verdad sea) *la querida* del papá de Jim, los intereses mismos de ella, etc. Carlitos, como todos, tiene que cumplir con su destino de estar incompleto. Su reacción corresponde totalmente a la de un hombre que se siente atraído por una mujer, que por su aspecto físico ve en ella el máximo ideal de belleza.

El Carlitos que llegó a la casa de Jim fue muy distinto al que salió apresuradamente y parecía que la ciudad tomaba parte en su sentir:

Caminé por Tabasco, di vuelta en Córdoba para llegar a mi casa en Zacatecas. Los faroles plateados daban muy poca luz. Ciudad en penumbra, misteriosa colonia Roma de entonces. Átomo del inmenso mundo, dispuesto muchos años antes de mi nacimiento como una escenografía de mi representación. Una sinfonía tocaba el bolero ["Obsesión"]. [...] Al escuchar el otro bolero que nada tenía que ver con el de Ravel, me llamó la atención la letra. Por alto esté el cielo en el mundo, por hondo que sea el mar profundo. (pp. 30-31)

La metáfora es otro recurso del que Pacheco se vale para que Carlitos cuente su titubeante historia: "Las batallas de amor perdidas de Carlitos lo hacen percibir su entorno similar al desierto, [...] Vencido sin siquiera combatir, Carlitos constata la imposibilidad del amor en su condición, y el fin de sus ilusiones infantiles."³⁷

La historia del enamoramiento, y deseo, de Carlitos por Mariana se desarrolla en un ambiente urbano: la colonia Roma de principios de los años cincuenta; comienza con la aparición de ella en su propio departamento, primero en las fotografías que adornaban la sala y luego con su presencia física, gracias a la cual Carlitos pudo grabar en su memoria un mejor recuerdo. Sin embargo, la Naturaleza se sincroniza con los sentimientos de Carlitos. El saber que su amor por Mariana ni siquiera tenía una posibilidad porque todo los separaba -la edad y el hecho de que fuera la madre de su amigo Jim, además de todo lo que se rumoraba de ella- hacía que su mundo, en todos los sentidos, no volviera a ser el mismo, todo estaba mal, sentía culpa y desesperación: "Hasta que un día -un día nublado de los que me encantan y no le gustan a nadie- sentí que era imposible resistir más." (p. 36) Los días nublados, generalmente, suelen ser aquellos en los que los poetas sienten más profunda su tristeza, añoran con más vehemencia a la amada ausente; efectivamente, a casi nadie le gustan los días grises, con la tormenta amenazando, pero Carlitos toma el valor necesario para huir de la escuela y correr a casa de

³⁷Ediht Negrín, "Del amor infantil en la novela corta: *El principio del placer* y *Las batallas en el desierto*", en *Op. Cit.*, p. 49.

Mariana para declararle su amor a pesar del mal augurio que representaba el día nublado.

Una vez que Mariana lo recibe, el asombro del niño se incrementa cuando se sentaron para que él pudiera explicarle la razón de su visita y “Mariana cruzó las piernas. Por un segundo el kimono se entreabrió levemente. Las rodillas, los muslos, los senos, el vientre plano, el misterioso sexo escondido.” (p. 37); Carlos, a solas, frente a Mariana, en un ambiente tenso y cargado de erotismo, de su deseo de ser mayor, un hombre que pudiera ya no tener una esperanza de ser correspondido sino la capacidad de hacerla suya, pero siendo un niño y estando en su territorio eran como la presa ante el cazador, pero éste no se atrevió a disparar su arma sino que se conmueve y lo deja ir. Mariana no se ríe del “estoy enamorado de usted”, al contrario, se entristece por la circunstancia y le aconseja tomarlo como algo divertido que pueda recordar más adelante. En palabras de Vicente Alfonso, es “La violenta belleza del despertar al mundo adulto.”

El bolero “Obsesión” funciona como fondo musical cuando Carlitos llevará a Mariana a escena. Este recurso no es gratuito. La letra de la canción expresa el sentir del jovencito:

Por alto esté el cielo en el mundo,
por hondo que sea el mar profundo,
no habrá una barrera en el mundo
que mi amor profundo
no rompa por ti.

Amor es el pan de la vida,
amor es la copa divina,
amor es un algo sin nombre
que obsesiona al hombre
por una mujer.

Y yo estoy obsesionado contigo
y el mundo es testigo de mi frenesí,
por más que se oponga el destino

serás para mí.³⁸

La primera estrofa claramente indica el sentimiento pleno de Carlitos.³⁹ El bolero es fundamental para la creación de la atmósfera que envuelve a Carlitos puesto que es una expresión más de su sentir. Mariana se convierte en una obsesión por la cual él está dispuesto a superar cualquier obstáculo. Al igual que Dante, Carlitos buscará a su amada en las alturas del cielo o en las profundidades del mar porque se enamoró y el “amor es la copa divina” que satisface la sed del alma. Mariana despierta en él un sentimiento con “frenesí” que nadie impedirá, ni siquiera el destino.

Cuando Carlitos recuerda a Mariana, lo hace al escuchar este bolero cuya melodía es una especie de himno para evocar su anhelada presencia. “Obsesión” despierta y remueve el enamoramiento de Carlitos, pues a pesar de los años transcurridos entre su infancia-adolescencia y su adultez no logra olvidarse de Mariana porque fue su primer amor. Sin embargo, la misma canción anuncia que el amor es imposible puesto que ha llegado al extremo de convertirse en una obsesión. Va de un extremo al otro. El deseo se convierte en obsesión.

En *Las batallas en el desierto* el bolero es un medio a través del cual es posible realizar el recuerdo y al mismo tiempo es un recuerdo. Tengamos en cuenta que el bolero se desprende del Modernismo, por lo que sus letras son similares al soneto; además de que en sus inicios se le asociaba con la vida nocturna, la bohemia y la permisividad moral. Si los boleros tenían esta connotación no es de extrañar que José Emilio utilizara uno, pues de esta manera también se asocia con Mariana inmediatamente.

El bolero, cuya duración llegó a limitarse a tres minutos, no permitía un desarrollo anecdótico tan completo como el tango. Por eso muestra un estado del corazón [...] cuyos mensajes resumen el eros hispanoamericano de la época

³⁸Pedro Flores, “Obsesión”. Texto tomado de

<http://www.cancioneros.com/nc/2854/0/obsesion-pedro-flores>[consultado: 1/06/2014]

³⁹Tomando en cuenta que “Obsesión” es el fondo musical de la novela, el enunciante es Carlitos y el referente, Mariana.

[primera mitad del siglo XX]. En este palimpsesto el bolero implora, anhela la comunión de las almas y se conforma con el encuentro efímero; habla de la ruptura, el abandono, el desengaño y la ansiedad; reprocha, amenaza, muestra resentimiento, rencor o nostalgia. Reconoce la imposibilidad del amor sublime y renuncia, se conforma, asume la ausencia o la traición y perdona, injuria y hasta agradece. El amor será un juego que da placer y dolor, cielo e infierno, y el bolero resultará cifra rudimentaria.⁴⁰

José Emilio Pacheco no utiliza una escenografía espectacular para su historia, sólo echa mano de lo que hay en la vida cotidiana: las calles de la colonia Roma, la plaza Ajusco, el departamento de Mariana. Al mismo tiempo, la ciudad es para la madre de Carlitos un “Lugar infame, Sodoma y Gomorra en espera de la lluvia de fuego, infierno donde sucedían monstruosidades nunca vistas en Guadalajara como el crimen que yo acababa de cometer. Siniestro Distrito Federal en que padecíamos revueltos con gente de lo peor. El contagio, el mal ejemplo.” (p. 50)

En contraparte, *En los labios del aguatiene* al deseo como columna vertebral, aquí nada es insinuado sino dicho claramente, el erotismo está presente en cada página, así, sin velo alguno que cubra su desnudez. El protagonista, Juan Amado, también es un alma sensible, como Carlitos, en busca su propia identidad pues, llega a creer que su vida es la continuación de los deseos de Aziz Al Gazali, un calígrafo de Mogador, ciudad africana que sirve de escenario en esta novela:

[...] Mogador, ese lugar imaginario que forma ya parte de la geografía literaria mexicana y que, aunque en origen está vinculado a Marruecos, se ha transmutado, para los lectores de Ruy Sánchez, en un jardín del tiempo en el que cabe todo aquello que pueda ser sentido como arrebatador. En este lugar sin lugar, se prescinde de las referencias cronológicas “objetivas” porque sólo lo significativo tiene relevancia, y para los personajes sólo es significativo lo que de forma directa o indirecta remite al objeto deseado.⁴¹

Ésta también es una novela de recuerdos, ensoñaciones y metáforas. A veces, Juan Amado pisa en falso, otras lo hace sobre piso bien firme. El ingrediente secreto de Ruy Sánchez es el acertijo pues, Juan Amado, como él mismo lo

⁴⁰Vicente Francisco Torres, *La novela bolero latinoamericana*, p. 81.

⁴¹María del Mar Paul Arranz y María Luisa de la Garza Chávez, “Alberto Ruy Sánchez, calígrafo del erotismo”, *Revista Iberoamericana*, 187, abril-junio, 1999, p. 360.

presiente, debe llegar a Hawa, a través de Maimuna y otras mujeres, para continuar con los deseos carnales que Aziz Al Gazali no pudo realizar impedido por la muerte de su amada —y al final por la suya.

A diferencia de la novela de Pacheco, en ésta interesa la historia como tal puesto que no es el pretexto para recordar un pasado visto desde el punto político-social sino que el autor parte del deseo como la fuerza generadora de vida y detonante de la imaginación y la fantasía. Para lograr su objetivo utiliza un juego de espejos en el que desdobra a los personajes principales: Juan Amado que termina siendo Aziz Al Gazali y Hawa, encarnada en Maimuna; pero para llegar a ella Juan Amado tiene que pasar por otras nueve mujeres. Es la búsqueda de la amada a través del sueño y la escritura, es

La aventura corporal y espiritual de un hombre poseído que busca a su amada desde el desierto del norte mexicano hasta el límite del Sahara. Su búsqueda erótica y mística tiene como diosa a una mujer deseada cuya luz al final del camino lo obsesiona y que deja aquí y allá indicios frágiles de su paso.⁴²

Mogador, ciudad ruysancheciana del deseo, se ha convertido en la mítica ciudad arabesca que es a la vez lugar y mujer, escenario y escenografía, laberinto y camino que conduce hacia la persona amada.

Esta novela recorre el mundo masculino, que también es sensual y fascinante. Quizá la sensualidad masculina no ha recibido la atención debida porque se piensa que los hombres, que no deben llorar, tampoco deben externar sus más íntimos sentimientos, sus deseos.

La historia que se cuenta, más que una historia de amor es una historia de deseo. Más aún, es un libro que sitúa al deseo, en su sentido más amplio, como motor de la vida. El deseo de hacer, de moverse, de ser alguien o algo específico, de acercarse, de poseer al otro. El deseo también como motor de toda imaginación; o dicho de otro modo, la imaginación como una planta aérea cuyas raíces están en nuestros cuerpos.⁴³

⁴² Anónimo, nota en la 4ª de forros de Alberto Ruy Sánchez, *En los labios del agua*, Alfaguara, 2010.

⁴³ Alberto Ruy Sánchez, "La prosa de identidades", en *La literatura mexicana hoy*, Ed. de Karl Kohut, Madrid, Iberoamericana, 1995, p. 179.

Alberto Ruy Sánchez nos muestra la sensualidad que hay en todos; los individuos deberían asumirse como sujetos deseantes y pensar, sentir y creer que estas sensaciones son normales en su condición de seres sexuados. La sexualidad adquiere relevancia y es motivo de reflexión para este escritor, no obstante, repito que no estamos tratando con un pornógrafo sino con un hombre que habla abiertamente, con erotismo, del erotismo. En la realidad de su novela conviven perfectamente la ensoñación, el deseo, el sexo, las fantasías eróticas y todas las realidades posibles; la única ley importante es la que dicta el deseo, por eso Juan Amado debe perseguir a Hawa hasta encontrarla o hasta que ella se deje alcanzar.

Efectivamente, Alberto Ruy Sánchez echa mano del elemento poético, de la creación de imágenes que transporten al lector a Mogador y, al mismo tiempo, sienta empatía con el protagonista, que sienta el deseo de Juan Amado y Aziz de reencontrarse con Hawa como una necesidad propia de alcanzar a la mujer ideal, de llenar el hueco de su ausencia, de entrar en el laberinto teniendo la esperanza de encontrar a la amada al final del camino. La musicalidad de la novela también es importante, pues, de este modo consigue que el lector avance al compás de los sonidos del agua, el viento; tiene un ritmo cadencioso, a veces lento, otras, rápido y otras solamente sigue el vaivén de las aguas del mar.

La escritura también tiene un papel importante en esta historia ya que Juan Amado decide contar su historia:

Me invadieron entonces, de golpe, las ganas de contar esta historia, hasta donde iba entonces, y con el sentido que me parecía tener: era el relato de una búsqueda, un recorrido extraño que me conducía hacia la mujer con la que me preparaba a entregarme totalmente desde ése día. Muchos de los hechos me parecían todavía confusos pero tenían un orden que permitía tal vez relatarlos.⁴⁴

La atmósfera envuelve al lector. En Mogador hay belleza y magia, ésta última, es también un rasgo importante de la novela y de la obra general de

⁴⁴Alberto Ruy Sánchez, *En los labios del agua*, Alfaguara, 2010, p. 17. En adelante sólo citaré el título de la novela.

Alberto Ruy Sánchez. La magia representa lo exótico en un país (México) donde no se acepta del todo, aquí lo importante son las raíces, la tradición.

Según el análisis de *Las batallas en el desierto* y *En los labios del agua*, veo que la manera en que los escritores abordan el erotismo es diferente, pero también semejante. Los escenarios detonantes del deseo, en el caso de la novela de Pacheco no son para nada exóticos, más bien, son cotidianos; en cambio, en la novela de Ruy Sánchez hay mucha parafernalia, muchos elementos arabescos que sitúan al protagonista en un ambiente de fantasía. Sí, sufre porque siente la necesidad de buscar y encontrar a Hawa, su mujer ideal, pero también tiene momentos de placer. Las escenas eróticas bien pueden ser las mismas que vemos en algunas películas o en la misma realidad, la fantasía de muchos, por ejemplo, cuando Juan Amado y Leila, una de las nueve mujeres que lo conducen por la espiral de sueños hacia Hawa, hacen el amor en el baño de un avión.

En esta laberíntica historia Mogador no es el único escenario, Canadá y Veracruz también lo son. Es en ésta última, “[...] una ciudad de noches y días calientes, avenidas cuajadas de flores de color de fuego y nombre de amplias resonancias árabes, Guadalupe: Río de Lobos.”, en donde Juan Amado conoció a Maimuna, mujer africana que lo impresionó por su belleza, su candor y su enorme parecido con la mujer del teatro, a la que había quedado prendado desde que la vio sentada junto a su marido.

Esta Maimuna continúa con “La interminable carrera de relevos amorosos [...]”, sin embargo, lo conduce por “los nueve niveles de la escalera iluminada” que es el baile. Cada nivel les otorga un placer: el placer de contenerse para alcanzar el éxtasis, adquirir conciencia del cuerpo, cortejar y seducir, conocer a la otra persona, dejarse llevar por la música, la transformación del cuerpo ante las exigencias del otro, la sensación de juego, transportarse a un oasis y el placer sin nombre. El baile de Juan Amado y Maimuna es una metáfora del encuentro sexual, cada nivel de la escalera corresponde a los tiempos en que se divide, y como, paso a paso, se llega al placer sin nombre, o sea, al orgasmo: placer indescriptible.

A través de la escritura José Emilio Pacheco y Alberto Ruy Sánchez crean mundos reales y a la vez fantásticos, en el caso de José Emilio Pacheco, que habla del pasado como algo doloroso y terrible que no entierra porque en esa época se enamoró de Mariana. Es la reconstrucción de la colonia Roma, de una época y de su infancia-adolescencia; el bolero “Obsesión” es el fondo musical y el lenguaje sencillo, coloquial, acerca al autor con el lector. *Las batallas en el desierto* es una novela a la que se puede volver una y mil veces para recordar a Mariana. En cambio Alberto Ruy Sánchez construye espacios nuevos, imaginarios e intangibles en los que se mueven los personajes de su novela. Él no reconstruye nada doloroso sino que recuerda la carrera de relevos amorosos que lo llevaron a descubrirse a sí mismo: perteneciente a la casta de los Sonámbulos y continuación, o reencarnación, del calígrafo y poeta mogadoriano Aziz Al Gazali. *En los labios del agua* bien puede ser una novela a la que habría que regresar las veces necesarias para tratar de no perderse en el laberinto que es Mogador, para imaginar placenteramente, y quizá, asumirse como un miembro más de la casta de los Sonámbulos.

La narración gradual, lenta, cadenciosa y bellamente descrita, con una selección cuidadosa y estética del lenguaje transmite toda la voluptuosidad que entraña el baile y es el prelude de un ritual que va a culminar con la entrega plena de Juan Amado y Maimuna; la escena está narrada como una ascensión o progresión del deseo que termina fundiéndose en “una luz intensa”.

Es sorprendente la forma en que Ruy Sánchez con el uso de un lenguaje altamente sugestivo y solipsista puede transmitir la pasión de una entrega amorosa a todas luces sexual, diciendo justamente lo necesario para que el lector sea el que use su imaginación y construya [...] ⁴⁵

La atmósfera que predomina a lo largo de *En los labios del agua* es marcadamente sensual. Demuestra la idea que Alberto Ruy Sánchez tiene del erotismo: un despertar de los sentidos, es decir, para comprender el erotismo debemos permitir la sensibilización al máximo de los sentidos porque ellos juegan un papel protagónico en este rito, ya que el erotismo también tiene mucho de religioso porque es una ceremonia de cortejo, de seducción en el que la pareja tiene

⁴⁵Graciela Monges Nicolau, *Hacia una hermenéutica del deseo*, pp. 66; 69-70.

que dejarse envolver por las sensaciones. Debe disfrutar como lo hace Juan Amado en cada uno de sus encuentros sexuales.

Ruy Sánchez describe su estilo literario como “prosa de intensidades” porque precisamente eso es lo que busca desarrollar en sus novelas: historias en las que a través de la pasión se llegue al deseo, a la intensidad de la vida. En el caso de esta novela, Juan Amado se arroja a la vorágine de sensaciones que en él despiertan las mujeres y como su historia de vida —en el aspecto erótico— es la misma de Aziz Al Gazali desea con la misma vehemencia que el calígrafo y se entrega por completo a lo que las mujeres le ofrecen. Pero el deseo va más allá porque éste siempre es una búsqueda, mucho más fuerte en los Sonámbulos que “siempre tienen a alguien en su mente obsesiva; siempre están buscando a una persona en especial. Y con mucha frecuencia creen verla en todas partes.” (p. 61.)

El entorno también contribuye. En una especie de metamorfosis la mujer deseada se transforma en algunos elementos de la naturaleza, como en el sueño de Aziz titulado “El sueño disuelto en la fuente”:

Una mujer se metió en mi sueño. No podía verla pero percibía su presencia cálida. Me tocaba por la espalda, y su caricia se deslizaba a lo largo de mi cuerpo, como el agua de una fuente. Quería despertarme para tocarla. Estaba seguro de que al volver mi rostro encontraría el suyo. Pero no podía moverme. El placer que me daban sus manos era tan grande que me paralizaba. Me hacía dormirme dentro de mi sueño y ahí adentro soñar de nuevo. En ese otro sueño yo me acercaba a una fuente. Estaba esperándola. Ahí nos habíamos citado. Como tardaba comencé a refrescarme en el agua. Al sentirla en mis manos tuve ganas de tener agua también en los brazos y luego en el cuello y el pecho. Unos minutos después estaba sumergido completamente. Y eran de nuevo manos las que me tocaban, pero esta vez por todo el cuerpo. Pensaba que ella había llegado antes que yo a la cita, se había disuelto en el agua y, al tocarme y escurrirse por las venas de mi sexo recobraba, latido a latido, su cuerpo. (p. 97)

La atmósfera en la que están tanto Aziz Al Gazali como Juan Amado es muy sensorial, invita a relajarse para poder disfrutar, a despertar los sentidos porque todos entran en juego, cada uno a su tiempo.

Pacheco y Ruy Sánchez expresan dos formas del erotismo. Retomando a Bataille, el primero aborda el erotismo de los corazones que “es más libre y aunque

parezca separarse de la materialidad del erotismo de los cuerpos, procede de él en cuanto que a menudo no es sino un aspecto estabilizado por el afecto recíproco que se profesan los amantes.”; mientras que el segundo trata el erotismo de los cuerpos caracterizado por “un amago de pesadez, algo como siniestro, que reserva la discontinuidad individual un poco, siempre, en el sentido de un egoísmo cínico.”⁴⁶

Las ideas anteriores se cumplen en las novelas estudiadas. En *Las batallas en el desierto* no hay consumación del amor, Carlitos no tiene ningún acercamiento íntimo con Mariana, ni siquiera cuando lo intentó al masturbarse pensando en ella porque estaba muy confundido por el alboroto suscitado por su enamoramiento. Por su parte, *En los labios del agua* tiene varias escenas de encuentros sexuales que, sin embargo, dejan en Juan Amado y Aziz sensaciones de pesadez porque no quedan satisfechos totalmente debido a su condición de Sonámbulos, es decir, de seres deseantes; lo que de alguna manera representaría lo “siniestro” porque es algo que no pueden controlar.

⁴⁶Ambas referencias fueron tomadas de: George Bataille, *El Erotismo*, p. 25.

2.1 Espacio de nostalgia vs Espacio de regocijo

“Voy por tu cuerpo como por el mundo.”

Octavio Paz

La novela de José Emilio Pacheco transcurre dentro de un espacio real, es decir, al estar situada en la colonia Roma de la Ciudad de México y por el hecho de referir acontecimientos históricos, lugares, programas de radio, etc., el lector puede fácilmente recrear este ambiente de nostalgia que nos da Carlitos; al mismo tiempo que existe la posibilidad de identificarse con él o con los otros personajes de *Las batallas en el desierto* — porque representan a la clase media alta habitante de la Ciudad, de los años cincuenta.

Utilizando un lenguaje fluido y coloquial Carlitos expone su situación, que no es otra cosa que la rememoración de su enamoramiento por Mariana. La voz del adulto Carlos irrumpe en el silencio con: “Me acuerdo, no me acuerdo: ¿qué año era aquél?” y continúa con una enumeración de sus recuerdos, todos de la cultura pop; para más pistas continúa: “Fue el año de la poliomielitis: escuelas llenas de niños con aparatos ortopédicos [...]”. A esto hay que agregar que atendiendo a un tono irónico el primer capitulo se titula “El mundo antiguo”, como si la historia que cuenta Carlitos hubiese acontecido muchísimo tiempo atrás, sin embargo, al final nos damos cuenta de que de ese mundo ya no queda casi nada, además de que el suspenso se apodera de la narración en las páginas finales y ni el lector ni Carlitos tienen la certeza de nada.

El tema de fondo de esta historia es un bolero: “Obsesión”. Este género musical también es parte ya de aquel pasado rememorado por Carlos, de modo que “Obsesión” se convierte en un elemento más para propiciar la nostalgia, el recuerdo del pasado. La letra del bolero: “Por alto está el cielo en el mundo/por hondo que sea el mar profundo/no habrá una barrera en el mundo/que mi amor profundo/no rompa por ti.”, llama la atención de Carlitos, específicamente las

primeras dos líneas. Tanto la melodía como la letra de la canción son inolvidables y agradables al mismo tiempo que transmiten la sensación de un amor imposible que se aferra a la posibilidad de existir o de vencer al mar profundo y a las barreras del mundo. Literalmente dice que él se ha obsesionado con ella: “Amor es un algo sin nombre/que obsesiona al hombre por una mujer/yo estoy obsesionado contigo/y el mundo es testigo de mi frenesí/por más que se oponga el destino/serás para mí.” Por ende no es de extrañar que justamente esta canción sea el fondo musical de su desgraciada historia de amor, que al mismo tiempo lo lleva a recrear la manera en que México era invadido por productos electrodomésticos y comestibles provenientes del país vecino, Estados Unidos; en palabras del tío de Carlitos: había que blanquear el gusto de los mexicanos.

Las batallas en el desierto, con su patrón narrativo de imprecisión y asociamiento rememorativo, teje una historia que es pasado y presente al mismo tiempo ya que un Carlos de 41 años de edad es quien reflexiona sobre su paso de la infancia a la adolescencia y el Carlitos de diez años se encarga de entablar los diálogos con sus interlocutores, de modo que los diálogos, o su recuerdo, son perfectos porque las palabras son las mismas.

Por su parte, Alberto Ruy Sánchez teje una historia igualmente fascinante, muy fluida y no tan fácil de descubrir ya que es un laberinto mogadoriano en el que el lector se introduce. La estructura de la novela consiste en dos grandes capítulos o libros que a su vez están divididos en nueve y cuatro pequeños capítulos, al final de cada uno de los nueve primeros capítulos hay un sueño escrito por un calígrafo de Mogador: Aziz Al Gazali.

Uno de los temas de *En los labios del agua* es el de la memoria, ya que el detonante de la historia es el hecho de haber soñado a Maimuna, quien se desdobra en otro personaje: Hawa, del mismo modo que Juan Amado es el calígrafo Aziz Al Gazali. Sin embargo, la novela está inserta dentro de un mundo de regocijo y exotismo por todos los elementos arabescos que aparecen; para empezar, la historia de Aziz y Hawa se desarrolla en la imaginaria ciudad de Mogador. La

ensoñación y la fantasía son los motores puesto que más que la realidad aquí importa la magia: la magia en sí misma o la magia de la naturaleza. Los sentidos juegan un papel muy importante porque todas las vivencias del protagonista son de tipo sensorial.

En palabras del propio Ruy Sánchez:

Porque la novela no se sitúa en México sino en una ciudad imaginaria con fuertes rasgos árabe andaluces y con el nombre antiguo de una ciudad fortificada del atlántico marroquí: Essaouira, llamada antes Mogador. El libro habla de México de una manera tan sólo profunda: la lengua y la cultura que explora es una de nuestras variantes negadas. [...]

El libro habla de una ciudad, pero a diferencia de otras novelas que describen la dimensión social de ella, ésta describe la dimensión imaginaria.⁴⁷

Aquí no hay nostalgia por el pasado pues ni siquiera hay un pasado que añorar; en todo caso, se trata simplemente de una historia de deseo.

En esta narración los sentidos están despiertos totalmente porque cada uno de ellos tiene la capacidad de hacer disfrutar intensamente, se puede gozar todo: la lluvia, el agua, que es la representación de lo femenino, el baile, que es igual a una entrega apasionada, los besos, las caricias, etc. Todo en la novela es disfrute, gozo y placer. Las experiencias que Juan Amado tiene con las nueve mujeres antes de llegar a Hawa realmente son fantasías sexuales, con la diferencia de que él sí las realiza, quizá por las circunstancias o porque ese era su destino.

A diferencia de *Las batallas en el desierto*, *En los labios del agua* es una novela que recrea escenarios de ensueño que propician el deseo, el gozo, la felicidad que da la satisfacción de sentirse pleno en todos los sentidos. En cambio, la novela de José Emilio Pacheco evoca al pasado pero con un dejo de dolor, seguramente debido a que lo vivido por Carlitos sucedió en su etapa formativa; al mismo tiempo toma conciencia de sí mismo, de la sociedad y de que lo único importante es el progreso.

Por su parte, Juan Amado se reconoce como un miembro más de la casta de los Sonámbulos, que además su pertenencia es heredada por su abuelo al igual que

⁴⁷Alberto Ruy Sánchez, "La prosa de identidades", en *La literatura mexicana hoy*, pp. 178-179.

su destino. Este personaje se centra más en la descripción detallada de los paisajes: “Un día pude ver un atardecer en Valparaíso que no se parecía a ningún otro. Las nubes desgarradas hacia el mar dibujaban una perspectiva en fuga cuyos colores transformaron mis sentidos”, “Lo mismo sentí en las Montañas Rocallosas del Canadá en una amanecer inesperado, único. La aurora boreal hizo de seda oriental el cielo llenándolo de rayas verticales diminutas, y abriendo en mi piel las mismas mil heridas deseantes, delgadas y profundas” (pp. 84-85). Esta es la diferencia entre ambas novelas: Pacheco crea un espacio de nostalgia y Ruy Sánchez, uno de regocijo puro.

Las batallas en el desierto se desarrolla dentro de un espacio de nostalgia porque está construida como una telaraña de recuerdos —y recordar, etimológicamente es “volver a pasar por el corazón”, evocar sentimientos. Aunque Pacheco use un tono irónico, casi cómico algunas veces, la novela está impregnada de nostalgia, ya que Carlos adulto aún se siente vinculado al pasado y a personas de esta época: Mariana y Jim. También siente tristeza porque es un tiempo que ya no podrá recuperar nunca, además de la experiencia de un primer amor que no tenía destino y no obstante, deja una profunda huella en su vida.

En contraparte, *En los labios del agua* es una novela que se nutre de algunos rasgos de la cultura árabe. Del mismo modo en que sabemos que un texto de José Emilio Pacheco puede versar sobre alguno de los temas de su interés —como lo es el paso del tiempo—, también sabemos que las novelas de Alberto Ruy Sánchez se sitúan en Mogador, que ya se convirtió en su escenario predilecto, en un espacio de regocijo. El personaje protagonista se deja conducir por el deseo, pues sabe que éste lo llevará hasta su último fin: la mujer amada/deseada. Entonces en este espacio es posible regresar en el tiempo y recuperar lo que se creía perdido, por ejemplo, la realización de los deseos eróticos a través de otros cuerpos (pero con el alma del ser deseante) que se interrumpieran con la muerte.

Son espacios opuestos, ya que, el primero (de nostalgia) se inserta dentro un momento histórico por lo que es más fácil de recrear en la mente al tiempo que se

comprende el modo de actuar y pensar de los personajes; mientras que en el segundo espacio (de regocijo) hay que echar a volar la imaginación —quizá este sea el motivo por el que las descripciones son precisas y detalladas, tanto de los paisajes como de las sensaciones.

José Emilio Pacheco en *Las batallas en el desierto* señala y critica aquello con lo que no estaba de acuerdo, por ejemplo, el estilo de vida de la clase media alta de la Ciudad de México, la corrupción del gobierno y lo horrible de la edad adulta en la que las situaciones se tuercen (el alboroto que se levanta porque Carlitos se enamoró) o la incapacidad de las ciencias por resolver los problemas (cuando los padres llevan a Carlitos al psiquiatra para averiguar qué le pasa y se topan con que no les da una respuesta porque utilizaba términos que ni él entendía).

Alberto Ruy Sánchez en cambio, solamente narra una historia sin pretender mostrar un trasfondo de crítica. Logra una de las funciones principales de la literatura: entretener al lector. Habla del parecido entre la fisonomía del mexicano y el árabe, por lo que afirma que somos más árabes que españoles, que hay una conexión entre el desierto de Sonora con el del Sahara —esto como mero dato cultural.

2.2 Recuerdo/Flashazo (nostalgia y melancolía)

*“Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo
de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.”
Jorge Luis Borges*

Las batallas en el desierto tiene su origen en el recuerdo, en la rememoración del pasado de Carlos; de modo que este recurso se vuelve indispensable para la narración de la novela.

Pacheco hace una reconstrucción de la vida durante el sexenio de Miguel Alemán a la par de la infancia de Carlitos, mejor dicho, la reconstrucción de los acontecimientos históricos es posible gracias a las experiencias de Carlitos. Al mismo tiempo, Carlitos tiene ciertos destellos o flashazos, ya que no son recuerdos totalmente claros, con esto volvemos a sus primeras palabras: “Me acuerdo, no me acuerdo: ¿qué año era aquél?”. La información que nos da no es precisa, sin embargo, por asociación se puede hacer un aproximado de las fechas. Con esta estrategia narrativa: “El narrador nos introdujo desde el principio en los vericuetos de su memoria y no nos deja salir de su historia. Aferrado a su capacidad de recordar el pasado, da información precisa y luego nos la quita, mas no por malicia de él, sino, es cierto, de sus recuerdos.”⁴⁸

La falta de precisión en algunos datos es lo que puede descontrolar al lector, es decir, mucho de lo que Carlos cuenta no tiene sustento firme, estos recuerdos son una especie de flashazo, o sea, de recuerdos nublados que vienen a su memoria. Lo único real o recuerdo verdadero es su enamoramiento de Mariana; si ella existió o no, poco importa, ya que su recuerdo es el detonante para la historia. Es comprensible que Carlos no recuerde todo con claridad y que sólo nos

⁴⁸ Rubén Lozano Herrera, “Memoria, novela e historia: *Las batallas en el desierto* y algunas posibilidades de acercamiento al estudio del pasado”, en José Emilio Pacheco: *Perspectivas críticas*, p. 143.

dé detalles porque la narración es un tanto lúdica, o sea que, las voces narrativas del niño Carlitos se confunde con la del adulto Carlos, que es quien, ayudado de sus recuerdos, nos cuenta su historia de amor.

Evidentemente esta novela está impregnada de nostalgia y melancolía por el pasado, pero no por el cliché de que todo tiempo pasado fue mejor, sino que se refiere a un viaje al pasado para entender su personalidad actual, es decir, el acto de recordar siempre nos lleva a nuestras raíces, a buscar en lo más profundo de nuestro ser, a revivir momentos que nos ayuden a explicarnos como personas y como individuos pertenecientes a una sociedad.

La familia, institución central y fundamental para el desarrollo de los individuos, las relaciones que establecemos con los demás, el momento histórico, etc., todo influye. Aquí vemos que Carlitos pertenecía a una familia acomodada: la madre había sido testigo de la lucha de los cristeros, por ende, era una conservadora ama de casa; el padre tenía su “casa chica” pero cumplía con sus obligaciones de proveedor, tanto que puso todo su empeño por aprender inglés para progresar; una de las hermanas se conformaba con ser la novia de un actor infantil venido a menos cuando pasó a la adolescencia, este era su modo de estar con una estrella de la televisión; el hermano mayor, un cínico que se decía de izquierda. Quizá fue este ambiente el que orilló a Carlitos a refugiarse en una especie de mundo alternativo, ficticio, en el que Mariana y Jim existían.

La ficción fue el escape de Carlitos, sin embargo, la sociedad (sus padres) se escandaliza de que un niño pudiera enamorarse y para evitar que desviara aún más su camino, sus padres buscan alguna cura para su patología:

Nunca pensé que fueras un monstruo. ¿Cuándo has visto aquí malos ejemplos? [...]

Oiga usted, mamá, no creo haber hecho algo tan malo, mamá. Todavía tienes el cinismo de alegar que no has hecho nada malo. En cuanto se te baje la fiebre vas a confesarte y a comulgar para que Dios Nuestro Señor perdone tu pecado. Mi padre ni siquiera me regañó. Se limitó a decir: Este niño no es normal. En su cerebro hay algo que no funciona. Debe ser el golpe que se dio a los seis meses cuando se nos cayó en la plaza Ajusco. Voy a llevarlo con un especialista. (p. 41)

Este episodio es clave en la trama, pues notamos que el niño tiene plena conciencia de lo que sucede a su alrededor y que son los adultos quienes tuercen los hechos haciéndole creer que quien está mal es él.

Y, a pesar de todo, Carlitos se aferra a su recuerdo más querido: Mariana; pero la ciudad, sobre todo sus calles, también forma parte de este recuerdo que se hace acompañar del bolero "Obsesión": "Miré la avenida Álvaro Obregón y me dije: Voy a guardar intacto el recuerdo de este instante porque todo lo que existe ahora mismo nunca volverá a ser igual. Un día lo veré como la más remota prehistoria. Voy a conservarlo entero porque hoy me enamoré de Mariana."

Por otro lado la novela de Alberto Ruy Sánchez, *En los labios del agua*, también echa mano del recuerdo como un recurso literario, hecho evidente desde la primera línea, que más que el título del primer capítulo es el detonante de la historia: "I. Antes que todo cambie, contar esta historia". Pero la frase no se refiere únicamente a un "cambio", también hace alusión a la memoria, al acto de recordar, es decir que lo que puede cambiar es el recuerdo de la historia que se va a narrar a continuación, que con el paso del tiempo el orden de los sucesos no sea claro, que se escapen detalles importantes, etc. Sin embargo, en esta novela todos los recursos literarios están entrelazados de tal manera que casi no se distingue cuál es cuál, pues, el recuerdo a la vez es ensueño o sueño.

De pronto el recuerdo irrumpe y Juan Amado siente la imperiosa necesidad de contar su historia; y a diferencia de Carlitos, él recurre a la escritura, de modo que su historia nunca se olvidará:

Hace nueve años que vivo con esta historia quemándome la lengua. La he tenido más guardada que un secreto: es más difícil de decir que uno de esos momentos dolorosos de la vida, todavía frescos e hirientes.

Pero hoy sucedió algo que me empujó finalmente a hacerlo. Como cuando un clavo saca otro clavo. [...] [Maimuna] Me pedía que le contara todo lo que me había pasado en Marruecos, hacia donde yo estaba a punto de embarcarme la última vez que nos vimos. "Escríbemelo, me decía, es probable que cuando lo hagamos volvamos a vernos". (pp. 14-15)

Conforme avanza la lectura de la novela, Juan Amado nos va contando su historia de vida, al igual que Carlitos; aquí también hay un desdoblamiento del personaje principal: el escritor mexicano Juan Amado que también es el calígrafo marroquí Aziz Al Gazali o a la inversa, debido a esto las voces narrativas se van alternando. Juan Amado es quien relata la historia, más bien, las aventuras amorosas que tuvo que pasar para llegar hasta Maimuna, quien también tiene un *alter ego*, Hawa. Así tenemos que Juan Amado y Maimuna son una especie de continuación de la vida de la pareja Aziz Al Gazali-Hawa. Y el calígrafo tiene su turno de la palabra en las pequeñas nueve historias que vienen al final de cada capítulo, cada una es un sueño de Aziz.

Los sueños que Aziz escribió son una manera de traer consigo a su amada Hawa, mujer que le fue arrebatada por la muerte; sin embargo él no cree que ella haya dejado de existir porque sigue presente en sus pensamientos y en sus sueños. Aziz es el fundador de la casta de los Sonámbulos por ende, sus sentidos son más agudos y es capaz de sentirla en otras mujeres, también pertenecientes a la casta; pero en sus sueños sí es ella, Hawa.

En la historia de vida del escritor Juan Amado hay algo interesante:

 Mi abuela me robó por una hora cuando tenía unas semanas de nacido para llevarme, a espaldas de mis padres, al templo que pensábamos espiritista donde ella era médium. Hicieron un ritual de bautismo y adivinación, del que mi abuela me mostró los documentos sólo cuando cumplí dieciocho años. y me señaló un pequeñísimo tatuaje en mi muñeca que, visto muy de cerca, muestra cinco líneas, como dedos de una mano. [...] Recuerdo que en ellos se describían, con un lenguaje llanamente profético, miles de promesas misteriosas que deberían cumplirse, por suerte o por desgracia, en varias vidas. (pp. 41-42)

Los recuerdos de Juan Amado son más nítidos que los de Carlos, además de que su historia familiar es distinta pues es de ascendencia árabe:

 En la familia siempre hemos sabido que pertenecemos a una tradición de minorías en la que lo arábigoandaluz llega a México muy escondido en nuestros ancestros, negando públicamente su nombre, seguramente perseguido, pero siempre hirviendo en la sangre de los hombres que vinieron de Andalucía y más al sur. (p. 43)

Sus recuerdos, aunque al momento en que decide escribir todavía son confusos, “tenían un orden que permitía tal vez relatarlos”, además de que para recordar se vale de las sensaciones que tuvo, pues su camino no fue en dirección recta sino en espiral; los paisajes y la manera de poseer a cada una de las nueve mujeres no se olvida fácilmente.

A esto hay que agregar que el hecho de escribir es en sí un acto que exige rigor, o sea que, la historia que va a narrar tiene que seguir un orden cronológico que conduzca hacia Maimuna, la destinataria de esta historia; como consecuencia, la memoria de Juan Amado está obligada a ser fiel y no dejar fuera ningún detalle. Al mismo tiempo, el protagonista cuenta con recursos físicos que le permiten afianzar lo que cuenta, es decir, tiene pruebas de la existencia del calígrafo Aziz que son los libros que escribió: *Los nombres del aire*, *La inaccesible*, *Una espiral de sueños*, etc. y en todos se refiere a Hawa, además de la propia leyenda de esta pareja en Mogador.

En esta novela no hay nostalgia ni melancolía porque la vida es vista desde una perspectiva espiritual, es decir, Aziz cree que Hawa se mete en el cuerpo de las mujeres que él ama y Juan Amado también reconoce a Maimuna cuando está con otra mujer, la única característica es que deben pertenecer a la casta de los Sonámbulos para que la conexión no sea sólo carnal y así se pueda continuar por la espiral que los conduce hasta su último deseo: la mujer.

2.3 Ensoñación

“La situación intermedia entre la realidad cotidiana y el conocimiento de la verdad, entre el apego a la vida y la nostalgia de perfección, convierte al poeta en un demonio.”
Luis García Montero

La ensoñación, es decir, las ilusiones o fantasías respecto a la realidad, está presente tanto en la novela de Ruy Sánchez como en la de Pacheco; podría decirse que al final de cuentas *Las batallas en el desierto* es una suerte de historia de ensueño, literalmente, pues, hay imprecisión respecto a las fechas, no así con los hechos históricos, con las personas pasa lo mismo ya que Carlitos se confunde sobre la existencia de Mariana. Por un lado, el profesor Mondragón le dice a la madre de Carlitos que el niño estuvo en la casa de la mamá de Jim y que ella justificó su presencia diciendo que Carlitos fue a recoger un libro olvidado pero Jim no cree una sola palabra; es aquí cuando el enamoramiento de Carlitos queda descubierto y su madre lo tacha de pervertido. Tiempo después Rosales le dice que Mariana se suicidó, y aún en esta escena hubo imprecisiones:

Es que mira, Carlitos, no sé cómo decirte: la mamá de Jim murió.

¿Murió? ¿Cómo que murió? Sí, sí: Jim ya no está en la escuela: desde octubre vive en San Francisco. Se lo llevó su verdadero papá. Fue espantoso. No te imaginas. Parece que hubo un pleito o algo con el Señor ese que Jim decía que era su papá y no era. Estaban él y la señora -se llamaba Mariana, ¿no es cierto?- en un cabaret, en un restorán o en una fiesta muy elegante en Las Lomas. Discutieron por algo que ella dijo sobre los robos en el gobierno, [...] Al Señor no le gustó que le alzara la voz allí delante de sus amigos poderosísimos: [...] Y la abofeteó delante de todo el mundo [...]

Mariana se levantó y se fue a su casa en un libre y se tomó un frasco de Nembutal o se abrió las venas con una hoja de rasurar o se pegó un tiro o hizo todo eso junto, no sé bien cómo estuvo. El caso es que al despertar Jim la encontró muerta, bañada en sangre. (p. 62)

La terrible noticia afecta a Carlitos, entra en estado de shock y se niega a creer las palabras de Rosales: “Me estás vacilando. Todo eso que me cuentas lo inventaste. Lo viste en una pinche película mexicana de las que te gustan. Lo

escuchaste en una radionovela cursi de la XEW.” Sin embargo, hubo testigos de la muerte de Mariana porque Jim acudió con el profesor Mondragón para pedirle ayuda, toda la escuela se enteró pero prohibieron que los niños hicieran comentarios y la noticia no apareció en los periódicos por decisión del Señor. Sin embargo, Carlitos fue al edificio donde vivía Jim:

Corrí por la calle de Tabascodiciéndome, tratando de decirme: Es una chingadera de Rosales, una broma imbécil, siempre ha sido un cabrón. Quiso vengarse de que lo encontré muertodehambre con su cajita de chicles [...] No me importa que abra la puerta Jim. No me importa el ridículo. Aunque todos vayan a reírse de mí quiero ver a Mariana. Quiero comprobar que no está muerta Mariana.

Llegué al edificio, [...], toqué el timbre del departamento cuatro. Salió una muchacha de unos quince años. ¿Mariana? No, aquí, no vive ninguna señora Mariana. [...]

También el portero estaba recién llegado al edificio. Ya no era don Sindulfo, el de antes, el viejo ex coronel zapatista [...] No niño, no conozco a ningún don Sindulfo ni tampoco a ese Jim que me dices. No hay ninguna señora Mariana. [...]

Pues no. estoy en este edificio desde 1939 y, que yo sepa, nunca ha vivido aquí ninguna señora Mariana. ¿Jim? Tampoco lo conocemos. [...] Pero si vine un millón de veces a casa de Jim y de la señora Mariana. Cosas que te imaginas, niño. Debe ser en otra calle, en otro edificio. (pp. 65-67)

En las últimas páginas de la novela se hace evidente la angustia de Carlitos, su desesperación por saber qué había sido de Mariana y Jim; el hecho de llegar al domicilio y encontrarse con nuevas caras y que nadie esté enterado de que allí vivió Mariana con su hijo, que el portero ya no sea don Sindulfo y que el departamento bien ordenado y perfumado ahora sea de una familia pobre lo confunden a tal grado que su mente no registra lo que sucedió después, se deprime muchísimo y viaja con su familia a Nueva York pero ya no regresa a México. No obstante y a pesar de los años, a pesar de no poder recordar con exactitud, Carlitos, ahora adulto, sigue preguntándose si todo esto fue verdad.

En la incertidumbre él se aferra a la presencia de estos personajes de su pasado:

Me acuerdo, no me acuerdo ni siquiera del año. Sólo estas ráfagas, estos destellos que vuelven con todo y las palabras exactas. Sólo aquella cancioncita

que no volveré a escuchar nunca. Por alto esté el cielo en el mundo, por hondo que sea el mar profundo.

Qué antigua, qué remota, qué imposible esta historia. Pero existió Mariana, existió Jim, [...] Jamás volví a ver a Rosales ni a nadie de aquella época. Demolieron la escuela, demolieron el edificio de Mariana, demolieron mi casa, demolieron la colonia Roma. Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa: de ese horror quien puede tener nostalgia. Todo pasó como pasan los discos en la sinfonola. Nunca sabré si aún vive Mariana. Si hoy viviera tendría ya ochenta años. (pp. 67-68)⁴⁹

Tal parece que Carlitos ha permanecido en estado de ensueño durante años, que su mente no ha podido discernir claramente sus recuerdos y sin embargo tiene razón, Mariana existió y también Jim, de otro modo no se puede explicar el hecho de que Rosales le contara el trágico final de Mariana, sus padres no lo hubieran cambiado de escuela ni tendría por qué haber pasado por la tortura de ir a confesarse ni de ir con el psiquiatra para que encontrara lo que estaba mal en él. Y a sus dudas se agrega la demolición de la colonia Roma; no obstante no encontrar el departamento de Mariana ni a nadie que la conociera no lo convence de la inexistencia de ella... se niega a creer que existió en su imaginación.

Una explicación demasiado aventurada sobre la falta de pruebas de la existencia de Mariana es que quizá Carlitos la imaginó, por eso es una mujer perfecta para él, de ensueño, maravillosa y bellísima, al mismo tiempo que le inventa una historia a través de la cual pueda relacionarse con ella. Así se explica que Mariana sea una madre diferente de la mexicana, pues, también representa la modernización, casi la liberación, de las mujeres: Jim no le dice mamá sino Mariana y le habla de tú, sus aparatos electrodomésticos son estadounidenses y no cocina platillos mexicanos sino comida rápida.

⁴⁹Respecto de la hipotética edad de Mariana, hay dos versiones: "Si hoy viviera tendría ya sesenta años" y la que aparece en mi cita; esto se debe a los correcciones que José Emilio Pacheco hacía a su obra, en su afán de perfección aunque, en este caso, creo que más bien se debe a una congruencia de tiempo pues, Mariana tendría sesenta años en la primera edición de la novela, 1981, y ochenta en la segunda reimpresión, en 2012.

En 1999 apareció la segunda edición revisada, en la que seguramente Pacheco cambió la edad de Mariana, y luego, una tercera edición en 2011.

Mariana bien podría ser alguna de las mujeres que aparecían en las revistas para adultos de la época, pues, finalmente despertó el deseo de Carlitos, lo hizo consciente de su sexualidad y del amor:

Pensaba todo el tiempo en Mariana. Mis padres creyeron que me habían curado el castigo, la confesión, las pruebas psicológicas de las que nunca pude enterarme. Sin embargo, a escondidas y con gran asombro del periodiquero, compraba *Vea y Vodevil*, practicaba los malos tectos para conseguir el derrame. La imagen de Mariana reaparecía por encima de Tongolele, Kalantán, Su Muy Key. No, no me había curado: el amor es una enfermedad en un mundo en que lo único natural es el odio. (p. 56)

Este párrafo podría apoyar mi aventurada hipótesis.

A lo largo y ancho de las páginas Mariana se nos presenta como una diosacuyo himno de alanza es "Obsesión":

[...] un bolero cuya letra alude a la profundidad del mar, y que este bolero remita a su vez, por contigüidad, a otro [el *Bolero*, de Ravel] caracterizado por su melodía "húmeda", el bolero, repetitivo, y totalmente obsesivo, define perfectamente la fascinación erótica del narrador por la mujer Mariana (según una clásica asociación analítica mar/madre/mujer y también, al nivel erótico, feminidad/humedad).⁵⁰

En la novela de Ruy Sánchez, *En los labios del agua*, el ensueño es un ingrediente que simplemente no puede olvidarse, en general, está presente en las novelas que conforman el "Quinteto de Mogador".

La narración abre con palabras melódicas que se mueven al compás de las olas del mar, el agua, que es el elemento elegido como símbolo del erotismo, es lo que indica por dónde ir. Un sueño detona la historia: Juan Amado soñó o creyó soñar con Maimuna, quien le pide que escriba lo que le ha sucedido a últimas fechas: "Como si escribiendo esta historia yo hiciera pases mágicos o pronunciara las frases que pudieran transformar mi realidad.", o sea, traer a Maimuna del sueño a la realidad tangible y le deja una prueba de su presencia: "Pero antes de irse, sobre el polvo de la ventana llovida, Maimuna me había dejado la huella de su mano extendida, como diciéndome 'adiós, me voy pero sigo aquí contigo'." (p. 15)

⁵⁰Karim Benmiloud, "El personaje de Mariana en *Las batallas en el desierto*: un retrato pop art", en José Emilio Pacheco: *Perspectivas críticas*, p. 317.

A diferencia de Mariana, Maimuna es una mujer real en pleno sentido de la palabra, es decir, tuvo encuentros con Juan Amado y no la volvió a ver desde el último porque ella se casó y se fue a vivir en otro país, sin embargo, al reconocerse como miembro de la casta de los Sonámbulos sabe que no podrá alejarse de Juan Amado porque este vínculo los une, a pesar de que esté casada y él tenga otras relaciones. Además de que, de alguna manera, ella es la Hawa que la muerte le arrebató a Aziz o sea que ambos son la continuación de dos seres que en vida se amaron tanto que ni la muerte pudo separar sus almas, y están destinados a permanecer juntos por varias vidas más.

Como ya lo dije anteriormente, el personaje de Juan Amado se desdobra en otro que es el del calígrafo Aziz Al Gazali; ambos están vinculados por pertenecer a la casta de los Sonámbulos y por su profesión también, pues, los dos tienen que ver con las letras: Juan Amado es escritor y Aziz calígrafo:

II. Letras de agua

Como si fuera a hundirse en el agua, Aziz aspira profundamente. Llena los pulmones y retiene el aire. Toma entonces el pincel y dibuja con lentitud una línea larga que durante casi un minuto, sin interrupciones, corre, se ensancha y adelgaza. La mano se detiene de golpe. Aziz suelta el aire. Nadó en la página, trazó una letra.

Cada vez que hace esto se siente como un río bajando una montaña, metiéndose con fuerza en el mar y saliendo intacto por la otra orilla. Un río que sabe nadar. Un río que escribe un recorrido.

Vuelve a hacerlo y termina de dibujar cuatro palabras entrelazadas, el comienzo de la frase: *Una mujer que yo había amado...* (p. 23)

La manera en que Aziz dibuja sus caligrafías, pensando en Hawa, es muy sensual, como si al trazar las líneas sobre el papel acariciara el cuerpo de Hawa, como si el pincel fuera él recorriendo los bordes de ella, dejando la marca de sus caricias: la tinta.

En esta novela también una canción que no sólo evoca a Hawa, sino que fue escrita para ella, que es ella:

Las olas
las olas del mar bravío
se estrellan contra las rocas

igual que los besos míos
se estrellan en tu boca
me tienes loco perdido

La canción de Hawa también alude al mar; al agua que es el elemento erótico de la novela y lo es por sus características: transparencia, humedad, musicalidad, fluidez. El agua, según el abuelo de Juan Amado, es una característica muy femenina porque “las agua de las mujeres” tienen la capacidad de comunicar algo a los hombres, de guiarlos cuando les hacen el amor, cuando las acarician, cuando les hablan: “El agua de las mujeres habla con más soltura que su boca. A ella hay que preguntarle. [...] Nunca miente. Una mujer feliz es toda agua. Cierras los ojos y estás en el agua. Y uno tiene que aprender a respirar dentro del agua’.” (pp. 48-49)

Hawa impresionó a Aziz desde la primera vez: el sonido de su nombre era igual de fuerte que el del jaguar, recordarla lo hacía perder el control y la hizo su diosa. Hawa se convirtió en la única mujer y en todas las mujeres a la vez. Su ausencia la llenaba con su recuerdo. Tras un atentado, Aziz entra en “un sueño obligado” en el que recuperaba a Hawa, pues ya había muerto. A la muerte de Hawa, Aziz sigue con su vida pero ahora con los sentidos más despiertos, más sensibles y su amada sigue tan presente que lo visita en sueños que, para no olvidarlos, decide escribirlos.

Al final de cuentas, la ensoñación es un factor importante para el desarrollo de ambas novelas pues sólo así Juan Amado/Aziz y Carlitos podían traer hacia sí la presencia de Maimuna/Hawa y Mariana, estas mujeres que a la vez eran ciudad y como tales las recorrían en su memoria, pero al mismo tiempo son inaccesibles, intangibles, son la fuerza sobrenatural que los impulsa a vivir, a sentir y a descubrirse a sí mismos: Carlitos se reconoce como un ser sexuado, conoce nuevos sentimientos y, también, tristemente se da cuenta de que la etapa adulta no es lo que se espera, que es lo más terrible que le puede pasar a un niño porque el mundo

de los adultos está muy corrompido; Aziz se reconoce como un ser distinto a los demás: sensible, y esa sensibilidad lo lleva a fundar la casta de los Sonámbulos:

La extraña conciencia de su linaje, su pertenencia a una línea antigua de hombres emparentados por el hervor de sus sueños, se le reveló también como un sueño. Un sentimiento intenso más que una certeza, una dirección del movimiento de su cuerpo más que un certificado familiar. La casta de Los Sonámbulos no es una secta, una raza o una sociedad secreta. Aunque tenga mucho de las tres. También tiene algo de enfermedad genética y de delirio comunitario. Pero es más un misterio compartido por hombres y mujeres en diferentes tiempos y lugares. (p. 29)

Y Juan Amado descubre que es la continuación del calígrafo Aziz y que debe terminar lo que él inició, así que emprende la búsqueda de Hawa, de la mujer que es el objeto de su deseo desde siempre porque también es su destino. Tiene que partir del sueño para llegar a la realidad y, a veces, de manera inversa, como si tuviera que recorrer un camino circular para que se cumpla lo que los escritos de Aziz marcaron para Juan Amado, que no es otra cosa que la búsqueda del otro teniendo como motor al deseo.

3. José Emilio Pacheco y Alberto Ruy Sánchez: convergencias y divergencias

*“El escritor: un fóbico que logra metaforizar, no para morir de miedo,
sino para resucitar en los signos.”
Julia Kristeva*

A primera vista parecería que Pacheco no tiene nada en común con Ruy Sánchez. Ambos pertenecen a generaciones distintas, José Emilio Pacheco, a la Generación de Medio Siglo y Alberto Ruy Sánchez, a una generación de escritores contemporáneos, sin embargo, leer su prosa es un verdadero agasajo por las características y cualidades de sus estilos: José Emilio, un virtuoso de la rememoración, es decir, sus palabras llevan al lector derecho al pasado, a una Ciudad de México inexistente, de añoranza, a un pasado con tintes de ficción. Por su parte, Alberto se remonta a un mundo arabesco, de ensueño, a un paraíso terrenal ubicado en Mogador, que es ciudad y mujer al mismo tiempo.

En la novela de Pacheco hay un dejo de melancolía y de dolor al recordar el tiempo pasado que no es para nada mejor que el presente, aquí no aplica la frase “Todo tiempo pasado fue mejor” y no lo fue en ningún sentido pues, México era un país que los políticos disfrazaban de avanzado, la mirada de todos estaba puesta en el progreso, que no era otra cosa que convertirse o, mejor dicho, ser absorbido, por la globalización. Miguel Alemán era no sólo el presidente sino el Dios Padre que amparaba a su hijitos bajo el manto ilusorio del progreso.

El ambiente en el que Carlitos estaba creciendo era verdaderamente horrible, pues nadie era sincero ni siquiera consigo mismo; el padre tenía otra familia, el hermano mayor acosaba a las muchachas del servicio doméstico y al final se une al clan de la corrupción, la madre, a pesar de estar enterada de la otra familia del marido se ciega y calla, cree firmemente en la religión y en el conservadurismo como vías del bien, de guardar las buenas costumbres. Obviamente, no era un ambiente familiar sano, al contrario y dentro de esta suciedad estaba Carlitos, un

niño de diez años con sentimientos nobles y de gran inteligencia. Es la “historia de un amor imposible, narración de un terror cotidiano que los protagonistas preferirían creer que se trata de algo fantasmagórico [...]”.

Dentro de esta bruma de corrupción, como lo he mencionado anteriormente, también estaban Mariana y Jim, el mejor amigo de Carlitos. La aparición de Mariana fue casi celestial para Carlitos, en ese momento ella se convirtió en su objeto de deseo, de admiración, de contemplación, Mariana era una diosa frente a él, un mortal. El niño toma las consideraciones de ella como la manera en que le demostraba que se había dado cuenta de su presencia, la simpatía que ella siente por él es lo que propicia aún más el enamoramiento de Carlitos, que al mismo tiempo estaba consciente de la imposibilidad de algo con Mariana y eso le dolía. Creía que sólo él podía tratarla como la reina que ella era, la adoraría para siempre sin importarle nada de lo que decían respecto a ella: que era la amante de un funcionario del presidente Miguel Alemán y, por lo tanto, era la amante de un ratero de cuello blanco que saqueaba las arcas del país mientras lo servía, que ese señor no era el padre de Jim, sino que éste era hijo de un fotógrafo gringo que nunca se casó con ella, en palabras de la madre de Carlitos, Mariana era “una mujer pública” o una ramera. La sociedad la tachaba con adjetivos sucios, sin embargo, Carlitos simplemente la veía como una mujer bella.

A través de las páginas José Emilio nos da un recorrido por el México de los años 50—a los que en reiteradas ocasiones dijo que nunca volvería—, nos introduce en un seno familiar que parece todo menos familiar, en una sociedad que trataba de “blanquearse” los gustos dejando atrás las costumbres tradicionales mexicanas para “modernizarse”, critica al gobierno que es lo único que permanece igual desde entonces, se burla del psicoanálisis que acomoda todo a su conveniencia y al final no da ningún resultado porque ni siquiera toma en cuenta a la persona:

El psiquiatra me interrogó y apuntó cuanto le decía en unas hojas amarillas rayadas. No supe contestar. Yo ignoraba el vocabulario de su oficio y no hubo ninguna comunicación posible. [...] Después me hicieron dibujar a cada miembro de la familia y pintar árboles y casas. Más tarde me examinaron con

la prueba de Rorschach [...] La muchacha que me hizo las últimas pruebas conversó delante de mí con el otro. Hablaron como si yo fuera un mueble. [...]

Me dieron ganas de gritarles: Imbéciles, siquiera pónganse de acuerdo antes de seguir diciendo pendejadas en un lenguaje que ni ustedes mismos entienden. ¿Por qué tienen que pegarle etiquetas a todo? ¿Por qué no se dan cuenta de que uno simplemente se enamora de alguien? ¿Ustedes nunca se han enamorado de nadie? (pp. 46-47)

Alrededor de Carlitos se desata una tormenta de opiniones en contra de su enamoramiento por Mariana, sin embargo, para él la situación está clarísima: “querer a alguien no es pecado, el amor está bien, lo único demoniaco es el odio”. Lo único real es que se enamoró de Mariana, sin pretender nada porque estaba consciente de él mismo, de que era un niño de diez años y ella, la mamá de Jim, su mejor amigo. Es un amor platónico, ingenuo, puro, como el que cualquiera ha tenido en algún momento de la vida. Carlitos no pretende que su amor se consume, pero Héctor, su hermano, tergiversa su declaración de amor:

Mira que meterte a tu edad con esa tipa que es un auténtico mango, de veras está más buena que Rita Hayworth. Qué no harás, pinche Carlos, cuando seas grande. Haces bien lanzándote desde ahora a tratar de coger, aunque no puedas todavía, en vez de andar haciéndote la chaqueta. (p. 48)

Carlitos es el único que se da cuenta de la realidad, desde su óptica ve que los hechos muchas veces no son lo que aparentan, que los adultos mienten y se corrompen; como lo demuestra su propia familia. Años más tarde, cuando recuerda este suceso particular de su vida, sigue pensando que no hizo nada malo, incluso en ese tiempo, cuando su madre lo llevó a confesarse con el padre Ferrán: “no podía concebir al demonio ocupándose personalmente de hacerme caer en tentación. Mucho menos a Cristo sufriendo porque yo me había enamorado de Mariana.” (p. 44) Los adultos son quienes todo lo exageran.

En cambio, la novela de Ruy Sánchez cuenta la historia de un personaje adulto que, sin embargo, también puede tener la inseguridad de un niño ante lo que desconoce, aun cuando esta vorágine de sensaciones y sentimientos viene desde lo más profundo de su ser, de su genealogía.

A diferencia de *Las batallas en el desierto* esta novela transporta al lector a un ambiente totalmente ajeno al nacional no porque la historia se desarrolle fuera de México, sino porque no se ocupa en absoluto de la recreación de hechos históricos mezclados con la historia de su protagonista. Como lo dije en el capítulo dos, Ruy Sánchez crea un ambiente más bien de regocijo y de placer en todos los sentidos, pues, él mismo ha llamado a su estilo “prosa de intensidades”, ya que los sentidos juegan un gran papel tanto para él, como escritor, como para el lector:

De modo general puede afirmarse que su escritura se aleja de las tendencias narrativas más habituales en este país, tanto en temas y escenarios como en los perfiles de sus personajes; y su prosa, que constituye uno de sus hallazgos más originales, discurre por los caminos de la sensualidad y el erotismo con sutileza pero sin concesiones, logrando, con su fuerza poética y la plasticidad de sus imágenes, convertir el discurso en el protagonista verdadero y relegando la anécdota a un plano meramente instrumental.⁵¹

Desde esta única perspectiva es fácil ver que la espina dorsal de *En los labios del agua* es el deseo. La búsqueda del ser amado y finalmente llegar a él siendo conducido por un magneto poderoso: el deseo, que en esta novela se convierte en el motor que impulsa al protagonista y, al mismo tiempo, en la brújula que lo guía hacia lo que más desea: Maimuna/Hawa, la mujer jaguar, la mujer ciudad en la que es posible perderse en sus laberínticas calles mogadorianas; se trata, pues, de una “peregrinación amorosa sin aparente destino”, Juan Amado es impulsado por una fuerza natural que lo empuja a saciar sus más profundos deseos y al mismo tiempo descubre a través de los textos de Aziz Al Gazali “que su destino está trazado a la medida de los deseos inconclusos de otro”.

El entorno familiar de Juan Amado es distinto ya que el abuelo de su abuelo emigró del norte de África a Sonora, México, y cambió su apellido Al Gosaibi por el hispano González, para no complicarse la vida; su abuelo, Amado, era un miembro de la llamada casta de los Sonámbulos y se regía únicamente por este mandato; su abuela tenía conocimiento del espiritismo, ya que fue ella quien

⁵¹María del Mar Paúl Arranz y María Luisa de la Garza Chávez, “Alberto Ruy Sánchez, calígrafo del erotismo”, *Revista Iberoamericana*, 187, abril-junio, 1999, p. 359.

nombró al protagonista Juan Amado, le tatuó unas diminutas figuras que finalmente tienen mucho que ver con su destino y el cumplimiento de éste porque “nombre y destino corren por la familia”.

A pesar de esto, el entorno familiar de Juan Amado no importa, como sí el de Carlitos, porque se descubre como un miembro más de la casta de los Sonámbulos, o sea que su genealogía no está referida por la sangre o los genes sino por el lenguaje secreto que sólo entiende otro sonámbulo. Digo que no importa su entorno porque Juan Amado ya es un adulto, escritor, y su familia no es ningún símbolo como la de Carlitos en *Las batallas en el desierto* porque además Ruy Sánchez no denuncia ni critica nada como sí lo hace Pacheco.

Una diferencia más es que *En los labios del agua* no está situada en alguna época específica, va del pasado al presente, pero tampoco se menciona qué tan antigua ni que tan actual pueda ser. El protagonista se desdobra en otro más que es el calígrafo Aziz Al Gazali. Es “un interesante juego de espejos en el que se explotan las capacidades del sueño y de la escritura como únicas vías para vencer las barreras del espacio y la temporalidad.”⁵²

En la novela de Ruy Sánchez las sensaciones son muy importantes y se logran a través de la descripción detallada de cada circunstancia, por ejemplo, la angustia de Juan Amado al descubrir su “parentesco” con el calígrafo Aziz: “De pronto es mi rival imaginario, pero a ratos me veo en él como en un espejo. [...] ¿Soy su eco o él es el mío?” Al enterarse de la vida de él, Juan Amado se siente atraído y decide investigar más, profundizar en esta historia de vida que quizá sea la suya vista desde el presente, como si fuera una guía de lo que debiera hacer para llegar, nuevamente, a ese Paraíso (Mogador) perdido una vez; en esta búsqueda no sólo tiene que recuperar el tiempo sino también a lo que más desea: Hawa, la mujer que le fue arrebatada por la muerte.

El eje de la novela es esta búsqueda incansable de ese otro ser al que se desea vehementemente, con desesperación. Se trata, pues, de un amor que va más allá de

⁵²*Ibid*, p. 363.

todo, que rompe las barreras del tiempo y la distancia. Sin embargo, en la búsqueda del ser deseado el deseo sufre una transformación que “Para mí [Alberto Ruy Sánchez] nunca se resuelve. El deseo es movimiento, y en ese movimiento el deseo se transforma. Ya lo estudia Proust en su gran novela, *En busca del tiempo perdido*: se consigue lo que se deseaba cuando ya no se desea, o cuando se desea de otra manera. Todo se transforma.”⁵³

En cuanto a la estructura, se trata ya de algo más complejo. Es la elaboración de “un anzuelo árabe —un *zeliye*—”⁵⁴; es “un juego de geometrías” en el cada parte funciona independientemente o en el todo de manera indistinta, según el autor, esto ya es una mera cuestión técnica que puede importarle o no al lector, al mismo tiempo que no es relevante (para el lector), ya que sólo debe seguir a los personajes por el laberinto trazado:

Yo lo que quisiera es que esas cosas técnicas sean, para la gente que lea la novela, como un espacio en el que se sienta a gusto o no, sin que les importe cómo solucionó el arquitecto los problemas de ese espacio. Lo que me interesa es una historia en la que la gente pueda seguir cada una de las habitaciones o avanzar a la siguiente. A diferencia de *Los nombres del aire*, en la cual hay un ámbito mucho más cerrado, en esta novela la sucesión de espacios se va transformando, y se convierte en algo como un camino que se pierde en el horizonte siguiendo un espejismo: el espejismo erótico del deseo.⁵⁵

Así tenemos que al pasar las páginas de la novela nos encontramos con escenarios pensados especialmente para participar en el juego geométrico del deseo. Juan Amado cruza hacia el otro lado del mundo para encontrarse, o reencontrarse, con esa otra parte suya que lo atrae con una gran fuerza y al mismo tiempo se encuentra con Hawa. Allí culmina su búsqueda, o quizá se cumplía el destino que Aziz había trazado para Juan Amado. No obstante, después de la entrega pasional Hawa se marcha llevándose las pruebas de que esta historia es real, de modo que Juan Amado nunca sabrá si imaginó todo o si en verdad ocurrió:

⁵³ Ángel Gurriá Quintana, “Alberto Ruy Sánchez: geometrías del deseo”, entrevista, “La Jornada Semanal”, Supl. cult. de *La Jornada*, 87, 3 noviembre, 1996, p. 10.

⁵⁴ *Ibidem*

⁵⁵ *Ibidem*

De pronto me di cuenta de que habían pasado más de nueve horas desde que comencé a escribir esta historia, en mi cuarto de hotel de Mogador, esperando a Hawa. Ya anochece. Debe ser mucho más tarde de las seis, me dije. Me entró de pronto una angustia tremenda. Me daba miedo que Hawa no viniera a nuestra cita. Busqué mi reloj para ver la hora y no lo encontré. Busqué el manuscrito de Aziz y tampoco lo encontré. Ni mi cartera, ni mi pasaporte. Nada. Nadie sabía nada de Hawa en Mogador. Fui a la casa de Abdel Kader en Tánger. Estaba abandonada y gran parte en ruinas. Los niños que me llevaron me dijeron que casi todo el año esa casa estaba deshabitada. Que era de un mago fantasma que se robaba las almas y las ponía en libros... Les dije, impaciente y enojado, que era más bien un estafador. No me creyeron. Yo mismo no supe qué pensar.

¿Había sido estafado o seguía siendo yo una pieza en un juego que no alcanzaba a entender, más grande aún del que me habían explicado? ¿Hice el amor con un fantasma, con una estafadora o todo fue un delirio muy real, un delirio sonámbulo? Sigo buscándola y sigo todavía las huellas de Aziz y sus manuscritos. Tarde o temprano sabré más de ambos. Se me fueron entre los dedos como agua. (p. 187)

El final es muy similar al de *Las batallas en el desierto* ya que, aunque Juan Amado tenga, o crea tener, suficientes pruebas de la existencia de Hawa no hay nada que lo pruebe. En su recuerdo de la noche que hicieron el amor está la imagen del tatuaje del vientre de Hawa que era idéntico al suyo, y que además cuadraban perfectamente, el nombre era el mismo al de la mujer jaguar de Aziz; pero cuando se marcha se lleva los objetos que darían cuenta de su existencia, como si fuera una criminal que no deja huellas en la escena del crimen, y cuando Juan Amado sale a buscarla para aclarar su confusa mente se topa con que nadie la conoce, igual que a Mariana.

La historia, igual que la novela de Pacheco, también cierra como empezó, es decir, de manera circular, pues recordemos que inicia cuando Juan Amado se decide a escribir esta historia que tuvo guardada por nueve años, pero que finalmente la cuenta porque Maimuna lo empuja a hacerlo. De este modo tratará de distinguir entre el delirio y el recuerdo, aunque al final de cuentas descubre que puede tratarse de una realidad, otra diferente a la real. Por su parte, José Emilio Pacheco termina la historia con las mismas palabras del inicio, aunque con un total y franco pesimismo: “Me acuerdo, no me acuerdo ni siquiera del año. Sólo estas

ráfagas, estos destellos que vuelven con todo y las palabras exactas. Sólo aquella cancioncita que no volveré a escuchar nunca. Por alto esté el cielo en el mundo, por hondo que sea el mar profundo.” (p. 67) Y al igual que Juan Amado con Hawa, Carlitos sale a buscar a Mariana y no encuentra ningún indicio suyo y está destinado a vivir con la duda de la existencia de Mariana, cómo saber si todo fue un delirio o verdad si demolieron la escuela, el edificio de Mariana y, para colmo, el terremoto de 1985 acabó con parte de la colonia Roma.

Lo que ambas novelas tienen en común son los personajes protagonistas, ya que Carlitos y Juan Amado emocionalmente son adolescentes. A pesar de que Juan Amado ya es un hombre, aún tiene las mismas inquietudes de Carlitos, es decir, busca su identidad. No se conforma con lo que sus abuelos le dicen y en esta búsqueda de sí mismo se encuentra con otra parte de su ser que desconocía totalmente, se descubre como un hombre cuyos sentidos están despiertos totalmente. Por su parte, Carlitos trata de explicarse a sí mismo. Con Mariana descubre lo que es sentir deseo, atracción, amor y al mismo tiempo se da cuenta de que la sociedad es un juez implacable.

La manera en que José Emilio Pacheco y Alberto Ruy Sánchez ven a la mujer en sus novelas es el punto de encuentro más visible. En ambas novelas la mujer es un ser que está más allá de todo, es objeto de admiración y veneración para los personajes masculinos. Es mujer y al mismo tiempo es ciudad, a veces no se distingue bien a bien entre una y la otra puesto que como la ciudad, la mujer también tiene calles, laberintos, espacios cerrados y abiertos; también comparten la característica de la inaccesibilidad, ya que no se entregan a cualquiera sino a quien ellas decidan. Mariana y Hawa están envueltas en un halo de misterio y por eso atraen, seducen con su belleza, se entregan y al mismo tiempo se niegan.

La presencia femenina está idealizada, mucho más en *Las batallas en el desierto*, no obstante el deseo que despierta. Mientras que para Carlitos Mariana es un recuerdo nebuloso, también es un pretexto para recordar una época a través de ella y del bolero “Obsesión”. Es la ocasión para recrear la colonia Roma de la antigua

Ciudad de México, que al igual que Mariana ha desaparecido. Para Juan Amado Maimuna, y las otras mujeres, es el medio para llegar hasta Hawa, aquella mujer misteriosa y fuerte por la que Aziz inició su peregrinación de espíritu en espíritu por varias generaciones para recuperarla aunque sea unos instantes pero de un modo único: en la experiencia erótica. A través de Hawa también se trata de revivir el pasado. Hawa/Maimuna es Mogador, antigua ciudad costera amurallada llena de laberintos, la inaccesible. El trasfondo de estas novelas es la búsqueda.

3.1 Por una poética del erotismo

*“ el mundo comenzaba a parecerse a sus piernas
y las cinco letras de la palabra mundo
se alteraban por las cinco letras de la palabra deseo”
Marco Antonio Campos*

Tanto José Emilio Pacheco como Alberto Ruy Sánchez proponen una poética⁵⁶ del erotismo, cada uno desde su particular visión del mundo. Poética, entendida como la manera artística de construir, es lo que destaco en este trabajo de análisis literario. Reitero que en *Las batallas en el desierto* se nos narra una historia verosímil que se nutre de elementos de la cultura pop y de la historia nacional. Aquí el erotismo aparece detrás de un velo, sin embargo, la atmósfera de nostalgia lo descubre. Muy al estilo de Pacheco, es un erotismo discreto que trata de pasar desapercibido ante el lector, pero no lo logra, pues, la atención se fija en la sensual presencia femenina: Mariana.

Carlitos con “Un bolero como fondo musical recuerda [a] esa mujer y a través de esa mujer, una época”⁵⁷ La musicalidad de “Obsesión” así como su letra son recursos imprescindibles para grabar en la memoria la bella imagen de Mariana. Las notas de la canción, dentro de la novela, remiten a ella al mismo tiempo que ella refiere al bolero. Carlitos se pone en el lugar de un amante apasionado al enunciar constantemente: “Por alto esté el cielo en el mundo,/ por hondo que sea el mar profundo”.

⁵⁶Poética. Término de origen griego (*poietike techné*: creación) con el que Aristóteles tituló una obra suya, que es el punto de partida de una disciplina cuyo objeto es la elaboración de un sistema de principios, conceptos generales, modelos y metalenguaje científico para describir, clasificar y analizar las obras de arte verbal o creaciones literarias.” Tomado de Demetrio Estébanez Calderón, *Diccionario de términos literarios*, Alianza, Madrid, 1996, p. 858.

⁵⁷Marco Antonio Campos, “Novedad de *Las batallas en el desierto*”, “Confabulario”, 168, 7 julio, 2007, p. 7.

En los labios del agua, por su parte, tiene una poética del erotismo que salta a la vista. Su creador no es nada discreto, al contrario, lo exalta deliberadamente porque, al igual que Octavio Paz, está convencido de que el erotismo es parte esencial de la vida. En esta novela se manifiesta abiertamente el deseo carnal. No obstante, la historia no es tan verosímil porque está situada en un ambiente placentero, exótico. Juan Amado igual que Carlitos está dispuesto a romper cualquier barrera que se interponga ante su amor profundo.

El referente erótico de *Las batallas en el desierto* es, indudablemente, Mariana. Su primera aparición a escena es en el capítulo cinco: "V Por hondo que sea el mar profundo". Desde el principio Carlitos prepara su entrada y comienza por darnos un contexto histórico-social a *grosso modo* de la época en que todo ocurrió. El capitulito lleva por nombre una línea del bolero "Obsesión", que acompañará la narración de ahí en adelante.

Basta con mirar detalladamente la portada de la novela y ver que ahí hay elementos de erotismo: es de un rojo intenso, una mujer de cabello corto, rizado y rubio está sentada sobre un tambor de colores, tiene las largas piernas cruzadas, es delgada y su vestido rojo está, por mucho, encima de las rodillas, además de que una de sus manos está colocada sobre su cadera izquierda y sobre sus ojos cae un signo de censura. Es una imagen muy sugerente, sobre todo por la marca de censura de sus ojos, que quizá están ocultos para no revelar completamente su identidad o es la alegoría de que el amor es ciego o para no tener completo el cuadro, de modo que no podamos admirar la belleza en su total esplendor o para no perdernos en la profundidad de su mirada, como Carlitos. El tambor sobre el que está sentada representa lo infantil, a Carlitos, y su figura corresponde totalmente al prototipo de la mujer bella de los años cincuenta.



José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*, 2ª reimpr., Era, 2012 (Biblioteca Era)

El caricaturista Abelardo Culebro realizó un dibujo en el que Mariana aparece sin la censura de los ojos y José Emilio Pacheco está junto a ella, como si fuera Carlitos:

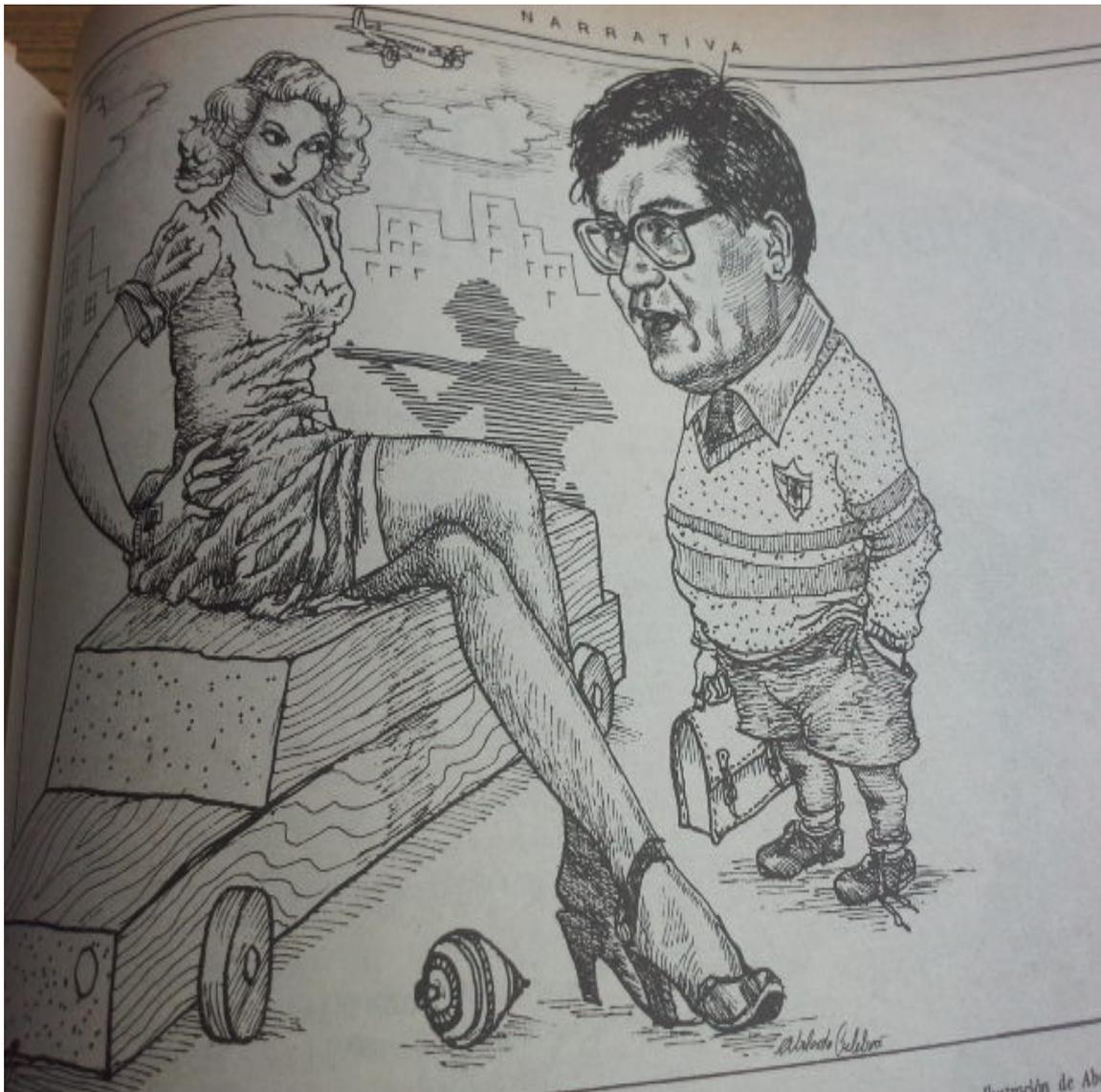


Ilustración de Abelardo Culebro tomada de: Ernesto Mejía, "José Emilio Pacheco o las batallas en torno a un texto", "El Nacional Dominical", Supl. de *El Nacional*, 56, 16 junio, 1991.

Con estas dos imágenes refuerzo mi tesis del erotismo en *Las batallas en el desierto*, pues ambas son producto de la lectura de la novela y si no hubiera erotismo en ella, ni el editor ni el caricaturista hubieran hecho estas representaciones. De la ilustración de Abelardo Culebro llama la atención que eliminó la censura en los ojos de Mariana para mostrar su pícaro mirada, su pose es todavía más sensual, además de la presencia “infantil” de su creador.

Mariana es el fruto prohibido para Carlitos y para el Señor, quien, según todos, era casado. Carlitos se siente atraído por ella desde la primera vez que la ve, se sorprende al estar frente a ella y ver que es diferente al prototipo de mamá pues, al contrario de la suya y de la mamá de Rosales, Mariana era “tan joven, tan elegante y sobre todo tan hermosa.” Todo lo que la rodeaba era distintísimo de lo que rodeaba a Carlitos; su departamento estaba ordenado, perfumado, con muebles finos y fotografías de ella, Jim y el Señor por doquier, además de que, en sentido estricto, no cocinaba sino que preparaba comida rápida como los Flaying Saucers o platos voladores. Otro rasgo que la diferencia de las mamás de entonces es que permite que su hijo la llame por su nombre y la tutee, y que éste tenga llave de la casa. Mariana es madre pero ante todo, mujer; sigue teniendo una vida social de soltera, pasa largas horas en el salón de belleza y tiene salidas nocturnas a los lugares de moda en compañía del Señor. Con Jim no es una madre especialmente devota sino liberal en cuanto a la educación de éste, al contrario de la madre de Carlitos, que vendría a cumplir con el estereotipo de mamá y ama de casa de la época.

El capitulito siguiente, “VI Obsesión”, también versa sobre Mariana. Aquí la mamá de Carlitos comienza a destrozarse la imagen de Mariana al decirle al niño que ella no es la esposa del Señor. Y después de la visita de Carlitos al departamento de Mariana nada es igual:

Jugaba en la plaza Ajusco y una parte de mí razonaba: ¿Cómo puedes haberte enamorado de Mariana si sólo la has visto una vez y por su edad podría ser tu madre? Es idiota y ridículo porque no hay ninguna posibilidad de que te corresponda. Pero otra parte, la más fuerte, no escuchaba razones: sólo repetía su nombre como si el pronunciarlo fuera a acercarla. (pp. 33-34)

Carlitos mismo se da cuenta de que el decirse enamorado de Mariana es un disparate y sin embargo lo está. Idealiza a Mariana, la cree perfecta e incluso piensa que ella también se fijó en él porque Jim le dice que le cayó bien a su mamá, porque “demostró interés” en él mientras merendaban; luego busca la manera de verla cuando va a jugar con Jim, pero a esa hora ella estaba arreglándose para el Señor. Carlitos no desiste, esperando que algún día el milagro ocurra y pueda volver a contemplarla en persona, a tocar su suave mano y oler su perfume.

Una vez, al abrir Jim un clóset, cayó una foto de Mariana a los seis meses, desnuda sobre una piel de tigre. Sentí una gran ternura al pensar en lo que por obvio nunca se piensa: Mariana también fue niña, también tuvo mi edad, también sería una mujer como mi madre y después una anciana como mi abuela. Pero en aquel entonces era la más hermosa del mundo y yo pensaba en ella en todo momento. Mariana se había convertido en mi obsesión. Por alto esté el cielo en el mundo, por hondo que sea el mar profundo. (p. 35)

La presencia de Mariana hace que Carlitos tome consciencia de él como hombre, no entiende que en su interior de niño comenzaba a haber cambios biológicos que lo llevarían a la adolescencia, luego a la juventud y finalmente a la vejez.

La fotografía de Mariana niña hace que la vea de un modo distinto, es decir, la imagina en todas las etapas de la vida, desde la vulnerabilidad infantil hasta la decrepitud de la vejez, no obstante se detiene en el presente, cuando es la mujer más hermosa del mundo. Esta fotografía, además, también tiene carga erótica: la desnudes de la amada —que al mismo tiempo se cubre con su inocencia infantil, casi angelical de bebé— sobre la piel de tigre, que representa la ferocidad y sensualidad femeninas, por ende, Mariana es una tigresa que seduce a los hombres por su belleza (como los tigres a los cazadores).

Dentro de esta vorágine, Carlos trata de aclarar sus recuerdos, de rescatar a Carlitos; se remonta al momento preciso en que sintió deseo por una mujer:

Recordé lo que me pasó una vez en la peluquería mientras esperaba mi turno. Junto a las revistas políticas estaban *Vea* y *Vodevil*. Aproveché que el peluquero y su cliente, absortos, hablaban mal del gobierno. Escondí el *Vea* dentro del *Hoy* y miré las fotos de Tongolele, Su Muy Key, Kalantán, casi

desnudas. Las piernas, los senos, la boca, la cintura, las caderas, el misterioso sexo escondido.

El peluquero -que afeitaba todos los días a mi padre y me cortaba el pelo desde que cumplí un año- vio por el espejo la cara que puse. Deja eso, Carlitos. Son cosas para grandes. Te voy a acusar con tu papá. De modo, pensé, que si eres niño no tienes derecho a que te gusten las mujeres. Y si no aceptas la imposición se forma el gran escándalo y hasta te juzgan de loco. Qué injusto.

¿Cuándo, me pregunté, había tenido por primera vez conciencia del deseo? Tal vez un año antes, en el cine Chapultepec, frente a los hombros desnudos de Jennifer Jones en *Duelo al sol*. O más bien al ver las piernas de Antonia cuando se subía las faldas para trapear el suelo pintado de congo amarillo. (pp. 42-43)

Carlitos reflexiona sobre el tema del deseo y descubre que el mundo es injusto además de tonto porque las cosas se dividen en “para grandes” y “para niños”, sin un punto intermedio en donde ambos puedan convivir. El hecho de que el peluquero lo reprima y lo amenace con acusarlo con su papá por ver revistas para adultos no es otra cosa que la presencia del tabú, o sea que, mientras Carlitos miraba los sensuales cuerpos semidesnudos de las vedettes de moda despertaría en él el deseo sexual y tendría dudas al respecto que nadie estaba dispuesto a responderle porque la sexualidad siempre ha sido un tema tabú por su relación con la desnudes del cuerpo; sobre todo en la sociedad mexicana que aún se persigna cuando se topa con este tema.

Tristemente se da cuenta de que por ser aún un niño tiene prohibido admirar la belleza del cuerpo femenino y todavía más desearlo; y ahí no termina el asunto porque si no “acepta la imposición”, es decir, si su preferencia sexual fuera homosexual lo juzgarían de loco por ir en contra de las leyes de la naturaleza. Realmente está en un callejón sin salida. Tiene que quedarse en medio porque todavía no es un adulto, o un joven, pero tampoco ha dejado de ser niño: es la terrible etapa de la adolescencia en la que, como la etimología de la palabra lo dice: *adolece*.

En la novela de Alberto Ruy Sánchez el erotismo es totalmente explícito. No hay nada oculto. Se enuncia desde el título: *En los labios del agua*. El agua denota humedad, feminidad, fertilidad; puede referirse a los fluidos corporales como el

sudor, la saliva, la lubricación femenina y el semen; así se verifica después, cuando el abuelo de Juan Amado le habla de las aguas de las mujeres:

Es lógico que habiendo vivido primero en el desierto, y luego en el mar, el abuelo Amado diera al agua una especie de carácter mágico. “Apenas toca el campo reseco y éste se despierta. Es capaz de resucitar a los muertos”. [...]

Por añadidura creía en los poderes sobrehumanos de la saliva, el sudor y todas las emanaciones del cuerpo. “Nada tan sano como sudar. Cura todo”. [...]

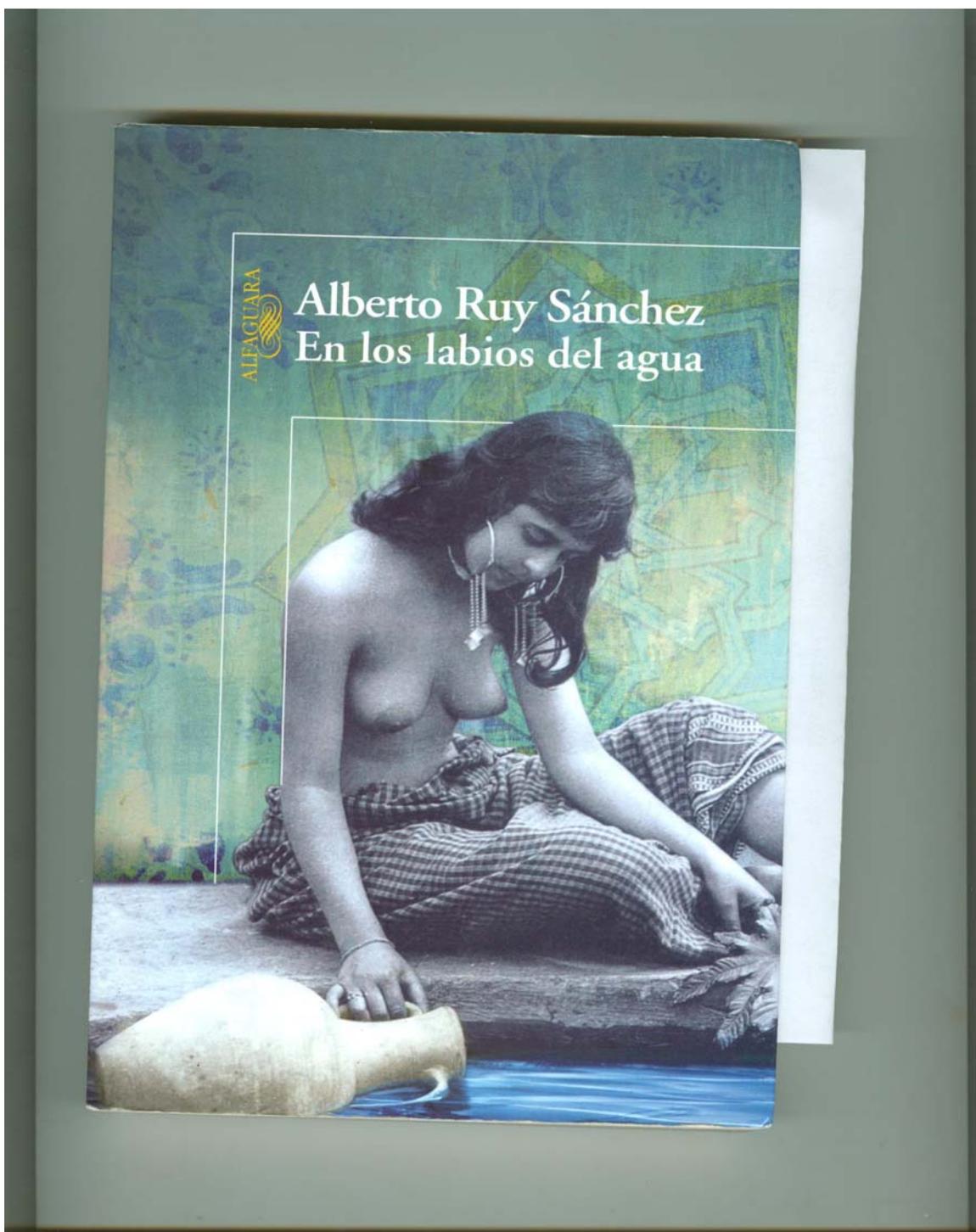
Decía que él tenía una relación especial con todos los líquidos de las mujeres. “El agua de las mujeres habla con más soltura que su boca. A ella hay que preguntarle. Si no quiere, ni responde. Y más vale ni siquiera insistir. Pero si quiere lo grita sin pena, con voz de agua, con voz de charco. Nunca miente. Una mujer feliz es toda agua. Y uno tiene que aprender a respirar dentro del agua”. (pp. 48-49)

Quizá este “carácter mágico” del agua se remita al origen de la vida, pues, pasamos nueve meses sumergidos en líquido amniótico mientras nos formamos en el vientre materno; por lo que el nacimiento es traumático ya que somos expulsados de lo que hasta entonces era nuestro ambiente natural —es el equivalente a la expulsión del Paraíso. Seguramente por este proceso natural es que el abuelo Amado habla de las “aguas de las mujeres”, pues son las únicas que dan vida.

Los labios, en este caso, son una metáfora de la boca: la superficie del agua, su suavidad y calidez pero también hacen alusión a la entrada a este mundo exótico y a la vez tan similar: Mogador. Es la entrada a la profundidad de la sensualidad. También puede ser la boca física porque ahí se segrega la saliva, por la humedad. Son un símbolo más de sensualidad y erotismo, entendido éste como un despertar de los sentidos; entonces se refiere, también, al sentido del gusto. Los labios, vistos como una delicada parte del cuerpo con la que se besa, se acaricia, como lo hace el agua al tacto con la piel.

En todo el libro está la presencia del erotismo; la portada es una fotografía intervenida en donde se observa a una mujer morena sentada a la orilla, quizás, de una fuente, tiene el cabello medianamente largo y negro, el torso desnudo que muestra dos senos grandes, con los pezones erectos y grandes aureolas; lleva unos

enormes aretes, una pulsera y un anillo en el dedo anular de la mano derecha como únicos adornos; con la mano derecha sumerge suavemente un jarrón dentro de agua muy azul. En el fondo se distinguen unas figuras geométricas, una enorme estrella con más trazos en su interior, que denotan su relación con lo oriental, en este caso con la cultura árabe. La imagen en su conjunto es muy poética y erótica, es bella, sublime.



Alberto Ruy Sánchez, *En los labios del agua*, 15ª ed., Alfaguara, 2010.

Es “un juego de geometrías”; la imagen que se impone mientras uno recorre las páginas es la de una espiral, un remolino que jala al lector, junto con el protagonista, hacia el interior de sí y en esta profundidad lo que se busca es al ser que completa la unidad y la rosa de los vientos que conduce hacia él es el sexo, brújula inquieta. Y para llegar hasta la mujer deseada, en este caso también amada, Juan Amado debe recorrer el cuerpo de nueve mujeres, al mismo tiempo que él también debe dejar que ellas exploren cada centímetro de su piel.

Es a través de cada una de ellas que finalmente llega hasta Hawa, la mujer jaguar, que enamoró a Aziz. Él mismo es una extensión, si no es que reencarnación —si no física, sí espiritual— del calígrafo Aziz Al Gazali. En este aspecto de la historia hay similitud con la historia que cuenta Pacheco, pues, el escritor Juan Amado también busca su identidad; trata de discernir hasta qué punto es él y en dónde comienza Aziz, ya que, cuando descubre la existencia del artista emprende una investigación exhaustiva sobre su vida y obra, ahí se entera de la historia amorosa con Hawa, además de que descubre la casta de los Sonámbulos y su pertenencia a ella.

Cuando me pongo a pensar cómo y cuándo me involucré en esta búsqueda de las huellas de Aziz y de sus palabras escritas, dibujadas, me doy cuenta de que formo, tal vez, parte de sus planes. ¿Es posible que un hombre escribiendo hace muchas décadas planeara no sólo las escenas de sus libros sino también prefigurar a sus lectores? ¿A mí entre ellos? ¿Es posible que en la curiosidad de lector insaciable que me invadió desde que tuve contacto con lo escrito por Aziz vaya un germen, un fantasma de lo que el mismo Aziz era? ¿Estoy poseído por su fantasma, por su espíritu? ¿Por qué me invade este afán, inútil tal vez, de recopilar en diferentes partes del mundo todo lo de Aziz? ¿Por qué tengo que buscar sus escritos en las más remotas bibliotecas? ¿Y por qué siento este deseo, también imperioso, de encontrar a Hawa, el ánima de Hawa, entre las mujeres que encuentro cada día? ¿Estoy cumpliendo con mi destino o el de alguien más? (p. 34)

Juan Amado recuerda cómo fue que llego a sentir la necesidad de encontrar a Hawa, cómo se dio cuenta de que se estaba confundiendo, fundiendo, con el espíritu de Aziz. Sin embargo no hay respuesta para ninguna de sus preguntas,

pero sí encuentra a Hawa, aunque nunca sabrá si como parte de su destino o continuación de los planes de Aziz.

La presencia femenina en la vida del escritor Juan Amado es constante y al mismo tiempo efímera, las mujeres pasan por su vida como las estrellas fugaces por el cielo y como éstas, lo iluminan para finalmente dejarlo en la oscuridad de sus pensamientos, sus recuerdos, carcomido por la incertidumbre, tratando de resolver sus dudas respecto a su identidad: ¿es Juan Amado y existe por sí mismo o existe a partir de las vivencias de Aziz Al Gazali? ¿Su parecido es sólo a partir del nombre y los ancestros o se debe a su pertenencia a la casta de los Sonámbulos, de la que Aziz fue el fundador? Ninguna pregunta se responde porque la historia es una espiral, un laberinto por el que el lector va dejándose llevar por los sentidos, teniéndolos como única brújula. El deseo por una mujer es el motor de Juan Amado.

El claro ejemplo de erotismo en esta novela es la escena del baile de Juan Amado con Maimuna:

La conocí en una ciudad de noches y días calientes, avenidas cuajadas de flores color de fuego y nombre de amplias resonancias árabes, Guadalupe: Río de Lobos. [...]

Desde los primeros pasos reconocimos la sensación única de convertirnos en un solo cuerpo por la magia de la música. [...]

Todos los placeres de la música estaban en Maimuna esa noche. Así como todas las etapas que conducen hacia esa sensación de tocar la luz, de convertirse en una flama que baila libremente. Y tal vez más allá. Ella hacía del baile una ascensión maravillosa por eso que llamaban en su país “los nueve niveles de la escalera iluminada”.

Bailábamos avanzando por esa escalera que Maimuna conocía como nadie. Ella me guiaba. Paso a paso entrábamos en otra dimensión de nuestros cuerpos, nueve veces cómplices, embebidos, felices: [...] (pp. 62, 72)

Cada uno de los nueve escalones es un placer distinto que se experimenta no sólo mientras se baila, también en un encuentro sexual, ya que va de la seducción al “placer sin nombre”: de los besos y las caricias hasta llegar al clímax, o sea, el orgasmo.

En palabras de Ruy Sánchez:

Hay, por supuesto, mucho de los dos (delirio y recuerdo). La combinación de los dos se convierte, finalmente, en una obra. Lo que yo siempre he experimentado, sobre todo en las relaciones con otras personas, y especialmente en las relaciones amorosas, es que lo que uno considera más real con mucha frecuencia es simplemente un delirio. ¿Cuántas veces sucede que uno cree entenderse perfectamente con alguien, y para uno algo significa una cosa, y para el otro, otra? Yo siempre he creído que el verdadero encuentro de dos amantes es un maravilloso malentendido. Es decir, que la relación amorosa más real es un delirio compartido. Y en ese sentido, la novela es mi orfebrería de delirios, ofrecida al público para que, tal vez, una parte de los suyos pueda anudarse con los míos.⁵⁸

Como ya lo dije, el erotismo de Ruy Sánchez es abiertamente explícito. Las escenas de los encuentros eróticos de los personajes están descritos minuciosamente; de hecho, me atrevo a decir que, más bien, se trata de fantasías sexuales, por lo que el lector sí puede identificarse con lo escrito —con el propio Ruy Sánchez.

Al final esta espiral de deseo llega al punto de partida, sin resolver nada porque el deseo y el amor mismo es un delirio, un ensueño que se comparte o no con el ser deseado pues, en el caso de Juan Amado, Maimuna, la mujer deseada y amada no puede estar con él aunque compartan la atracción porque ella ama al hombre con el que se casaría y, en el caso de Carlitos el gran obstáculo para consumir su deseo por Mariana es la diferencia de edades, hasta de clases y que ella lo ve como el niño que aún es; lo único cierto es la circularidad del tiempo.

⁵⁸Ángel Gurría Quintana, "Alberto Ruy Sánchez: geometrías del deseo", entrevista, "La Jornada Semanal", Supl. cult. de *La Jornada*, 87, 3 noviembre, 1996, p. 11.

Conclusiones

*“Aquí comprendí a qué llamamos gloria: el derecho de amar sin medida.
No hay más que un amor en el mundo. Estrechar un cuerpo de mujer
es también retener junto a uno esa alegría extraña que
desciende del cielo sobre el mar.”
Albert Camus*

El erotismo es un tema demasiado interesante. Ningún arte lo deja de lado. Se estudia desde cualquier perspectiva. Es motivo de preocupación y ocupación de los intelectuales; por ejemplo, Octavio Paz en *La llama doble*, que es un estudio minucioso del erotismo en Oriente y Occidente en el que, explora “La conexión íntima entre sexo, erotismo y amor, desde la memoria histórica hasta la vida cotidiana más inmediata”. El ensayo de Paz es interesante porque analiza el erotismo, desde el punto de vista literario, sí, pero no deja de lado la filosofía ni la religión o la política, ya que finalmente, amor, sexo y erotismo, vistos como temas, van de la mano, difícilmente puede desligarse uno del otro.

Si revisamos una historia de la literatura mexicana, veremos que el siglo XX tuvo de todo, los movimientos político-sociales también la afectaron, aunque para bien; el ser humano es capaz de sacar lo mejor de las peores situaciones como un ejercicio de catarsis, para poner frente a los ojos de los demás lo que no ven, o no quieren ver. Según Paz:

Una de las funciones de la literatura es la representación de las pasiones; la preponderancia del tema amoroso en nuestras obras literarias muestra que el amor ha sido una pasión central de los hombres y las mujeres de Occidente. La otra ha sido el poder, de la ambición política a la sed de bienes materiales o de honores.⁵⁹

En el final del siglo XIX mexicano, en una sociedad todavía más conservadora que la actual, el erotismo comienza a aparecer en la literatura a través de las

⁵⁹Octavio Paz, *La llama doble*, p. 102.

novelas decadentistas, allí se habla de un “oscuro deseo”: la muerte, provocada por la insatisfacción del deseo sexual.

Hasta la primera mitad del siglo XX la literatura tenía mucho de nacionalista, se exaltaba el orgullo nacional tanto en prosa como en poesía pero aparecieron grupos de escritores que fijaron su interés en otros aspectos, uno de ellos, el más antiguo: el amor, visto desde todas sus aristas, exaltado o despreciado por no ser correspondido. Me atrevo a decir que en la poesía es mucho más claro, pues la poesía es sentimiento, emoción. Así tenemos que poco a poco se rompe con este estilo; los poetas son los primeros en desnudar su alma y cantarle a Eros exaltando su sensualidad y voluptuosidad.

Los límites entre el amor, el erotismo y la sexualidad no están delimitad por completo, ya que no se trata de polaridades sino de una trinidad que está unida, que al mismo tiempo significa la completud del ser humano y lo diferencia de los animales: “Los tres son modos, manifestaciones de la vida.”

José Emilio Pacheco, un escritor discreto, defensor del anonimato, no obstante, famoso, leído que también experimentó la escritura sobre el deseo. En *La sangre de Medusa y otros cuentos marginales*, su primer volumen de cuentos da una versión del sonado caso de acoso de la actriz norteamericana Jodi Foster por un desequilibrado mental a propósito de su participación en la película *Taxi Driver*, en donde ella interpreta a una niña prostituta.

En la historia de Pacheco, John Warnock Hincley Junior, el acosador/protagonista, ve a Jodi Foster no sólo como objeto de deseo, también como un objeto cuya posesión otorga poder, superioridad: “Millones de hombres en el mundo desean a Jodi Foster. Sólo yo la poseo. Cuando quiero, como quiero y por donde quiero. (En consecuencia soy mejor, más fuerte, más poderoso que todos.)”⁶⁰ El medio para conseguirla es una pistola que arrojará “semillas de muerte” si ella se niega a corresponder su “amor”:

⁶⁰José Emilio Pacheco, “Para que eternamente estés conmigo”, en *La sangre de Medusa y otros cuentos marginales*, p. 121.

He agotado todas las posibilidades de acercarme a ti. Sólo me queda un camino. La llave que lo abrirá me contempla desde la otra cama. Yo también la estoy viendo. Ahora la tomo y la acaricio. Es mi revólver calibre .22, hermosamente cargado de balas devastadoras. Se llaman así porque de verdad son *devastadoras*. Al entrar en un cuerpo estallan, se fragmentan, se derraman por todas partes: semillas de muerte arrojadas al voleo, al baleo.

En la misma forma Jodi, se difundirían mis espermatozoides por tu hermosísimo cuerpo. Me gusta pensarlo: si no puedo dar vida, daré muerte. O más bien: para darte mi amor, para que aceptes mi inmenso amor, daré muerte.

[...] Pues bien, Jodi, la pistola no es, como diría el pobre Freud, un símbolo fálico: la pistola es el falo y los testículos y su depósito de espermatozoides que en este caso, insisto, no dan la vida sino reparten muerte.

He practicado puntería tantas veces, casi tantas como me he masturbado —perdóname, Jodi: tenía que decírtelo— con tus fotos, Jodi, y con mis esperanzas e imaginaciones de lo que supongo es, será pronto, hacer el amor contigo, Jodi. Y no lo creerás, Jodi, pero te juro que se siente tanto placer cuando te derramas como cuando disparas y das en el blanco. Ambas cosas son obra de mi mano. El fuego es un orgasmo, amor mío. Y el orgasmo y la descarga son formas de poder: del poder que tomaré dentro de poco y que pongo a tus pies, querida, muy querida, mi amada Jodi Foster, [...] (pp. 119-120)

La metáfora que hace del revólver con el pene es magnífica. De hecho, la escena descrita se puede interpretar como una masturbación, y líneas más abajo dice que, efectivamente, la masturbación, como obra manual, es igual al disparo, causa el mismo efecto placentero. Las balas son semillas de muerte y no de vida, atenta contra la vida y no se perpetúa la especie. Jodi Foster, la mujer amada es presa de una extraña forma de amor; este amor es enfermo pues, no exalta sus virtudes ni la enaltece. Ella no es una mujer, sino una adolescente y justamente por eso despierta el deseo y los bajos instintos de John Warnock Hinckley Junior. No se enamora de ella, solamente desea poseerla. Tampoco le habla poéticamente, no, al contrario. Su aparición dista mucho de ser ideal, es violenta:

Todo cambió en el momento en que llenaste la pantalla, el cine, la ciudad, el universo con tus hot pants, tu sombrero, tus bucles, tu cara, tus senos, tus piernas, toda tú en *Taxi Driver*.

Actuabas para mí, hablabas para mí, me mirabas desde el interior de la película. [...] A veces pienso que eres una virgen blanca, rubia e incontaminada, a quien nadie ha tocado porque me está esperando para entregarse a mí, para ser sólo mía.

Otras veces me desespero y me digo que no podrías haber actuado tan maravillosamente como lo hiciste en *Taxi Driver* si no fueras como tu personaje, *si no fueras como tu personaje*: una puta niña o una niña puta que se ha revolcado y se revuelca con muchos hombres y hace todas las cochinadas que he visto hacer en cientos de películas pornográficas. (pp. 120)

En este caso la amada es luz y sombra, infierno y gloria. El deseo exacerbado de John y el impedimento para consumarlo, lo llevan a la absoluta pérdida de la cordura (y no a la muerte como a los decadentistas). Jodi se convierte en una obsesión. Lo que John cree amor no es otra cosa que una patología. Lo único que desea es poseer a Jodi, pero no de forma amorosa sino como la muestra de que puede conseguirla y los millones de hombres del mundo que la desean no; Jodi representa un trofeo, una victoria sobre esos millones de hombres que no la tendrán; aunque por un instante la acuesta con esa multitud: “[...] una niña puta que se ha revolcado y se revuelca con muchos hombres y hace todas las cochinadas que he visto hacer en cientos de películas pornográficas.”

En ninguno de estos casos se habla de amor, es simple deseo sexual, pasión desbordada, impulso capaz de revivir al moribundo. Ahora bien, *Las batallas en el desierto* no explicita el erotismo, pero Carlitos sí se declara enamorado de Mariana y es un enamoramiento como cualquier otro, en donde él siente deseo por ella, aunque lo vuelca sobre la imagen de las vedettes de la época, y amor. Finalmente “El deseo es una consagración, sea porque la cárcel es divina (Eros) o porque la prisionera es una diosa o una semidiosa (la mujer amada). [...] la consagración de la amada.”⁶¹

Mariana representa a las vedettes de las revistas, o ellas a Mariana, pero Mariana es real, una mujer de verdad que además, se escapa de la maternidad porque con Jim, su hijo, más bien existe una camaradería. Ella es objeto de deseo por su belleza y frescura, es tan real que de pronto se disipa en la bruma hasta que se confunde en el ensueño. El recuerdo del amor que Carlitos sintió por ella la sublima, la enaltece, la saca del lodo en el que estuvo por haber sido la querida del

⁶¹Octavio Paz, *Op. Cit.*, p. 66.

Señor. Su muerte, o inexistencia, la graban para siempre en la memoria de Carlos como la mujer más hermosa del mundo, inmaculada.

En su narrativa, José Emilio Pacheco retrata los dos lados de la moneda: el erotismo sublime con Mariana y el impulso sexual con Jodi Foster. La novela es una historia de amor, del primer amor que todos alguna vez tuvimos: idealizado, mágico y que se recuerda con dolor porque no fue, pero al mismo tiempo nos da alegría porque es parte de nuestra vida, un recuerdo que nos acompañará para siempre. Carlitos lo repite: se enamoró de Mariana. Obviamente se impresiona con la belleza y la presencia de Mariana, pues era de verdad. Sin embargo, aunque está consciente de que su amor no podrá ser correspondido jamás, la sigue queriendo y busca su presencia porque “El amor es una atracción hacia una persona única: un cuerpo y un alma”; y también siente erotismo porque Mariana entra con fuerza por todos los sentidos de Carlitos, que no la ve tan inocentemente.

Alberto Ruy Sánchez es un escritor contemporáneo, actual. Lo interesante de su obra literaria es que él vuelve a poner su atención en el erotismo y crea lo que llama “la prosa de intensidades”, que es, al mismo tiempo, poesía y prosa. Empezó el proyecto más ambicioso de su carrera: el quinteto de Mogador, que consiste en cinco novelas situadas en la imaginaria ciudad de Mogador, en Marruecos. Cada una explora el erotismo en distinta forma, pero siempre manteniendo la esencia y con intertextualidad, pues, sus otras novelas, incluso los personajes de sus otras novelas, están relacionados de algún modo entre sí, como en *En los labios del agua*, el calígrafo Aziz Al Gazali es el escritor de un tratado, *Los nombres del aire*.

En sus novelas se respira la cultura arabesca por doquier, hasta en la técnica de escritura, en ellas “el deseo es la fuerza generadora de vida, y por lo tanto, de la imaginación y la fantasía. [...] el erotismo ocupa un lugar central”. Ruy Sánchez concibe la existencia a partir del deseo, del erotismo; al igual que en la poesía de los Siglos de Oro, en donde el soneto “Amor constante más allá de la muerte” de Quevedo, el poeta piensa en el día de su muerte y en la dualidad humana: cuerpo-

alma. Sí, el cuerpo muere pero no el alma, que trasciende y tiene la capacidad de no olvidar, así el verso “polvo serán, mas polvo enamorado” significa, según el luminoso análisis de Octavio Paz, que: “aunque el cuerpo se deshace en materia informe, esa materia está animada. El poder que la anima y le infunde una terrible eternidad es el amor, el deseo.”

Lo anterior tiene relación con *En los labios del agua*: el escritor mexicano Juan Amado González, de ascendencia árabe, se obsesiona con la vida y obra del calígrafo mogadoriano Aziz Al Gazali, recorre las bibliotecas y librerías del mundo para reunir toda la información posible sobre éste. Durante esta investigación comienza a darse cuenta de que en él hay algo de Aziz, hasta que descubre que es él; de modo que Juan Amado es el polvo enamorado que vuelve del más allá animado por el amor hacia Hawa, la mujer amada que le fue arrebatada por la muerte y que sólo a través de los cuerpos de otras mujeres (otras nueve mujeres) puede recuperarla momentáneamente, mientras dura el encuentro sexual.

En el caso de Ruy Sánchez, sí es obvio que su escritura es erótica, de hecho, él mismo ha declarado que en varios países lo tachan de escritor pornográfico. Sin embargo, ya aclaré el asunto en el primer capítulo de este trabajo y definitivamente Ruy Sánchez dista muchísimo de ser un escritor pornográfico puesto que en la pornografía los sujetos no se reconocen como objetos de su deseo, no hay una historia detrás de ellos, lo importante en la pornografía es el sexo por el sexo, saciar un apetito y ya, a toda velocidad porque el sujeto solamente busca descargar su necesidad física. En todo caso, la pornografía tiene mucho de animal; no así el erotismo porque

Ante todo, el erotismo es exclusivamente humano: es sexualidad socializada y transfigurada por la imaginación y la voluntad de los hombres. La primera nota que diferencia al erotismo de la sexualidad es la infinita variedad de formas que se manifiestan, en todas las épocas y en todas las tierras. El erotismo es invención, variación incesante; el sexo es siempre el mismo. El protagonista del acto erótico es el sexo o, más exactamente, los sexos. El plural es de rigor porque, incluso en los placeres llamados solitarios, el deseo sexual inventa siempre una pareja imaginaria... o muchas. En todo encuentro erótico hay un personaje invisible y siempre activo: la imaginación, el deseo. En el acto

erótico intervienen siempre dos o más, nunca uno. Aquí aparece la primera diferencia entre la sexualidad animal y el erotismo humano: en el segundo, uno o varios de los participantes puede ser un ente imaginario.⁶²

Entonces, el erotismo es un culto en donde el ser deseado/amado está al centro, se convierte en un dios al que se adora en una bella ceremonia. Digo ser deseado/amado porque no existe erotismo sin amor y para que haya un ser amado es necesario el deseo, la atracción física que desemboca en el enamoramiento, ya que dentro de esta emoción se busca la completud: el alma y el cuerpo, a la persona en su totalidad.

Luego de este paseo por parte de la narrativa de José Emilio Pacheco y Alberto Ruy Sánchez, me alegro muchísimo por haber podido desarrollar el tema. Sobra decir que la experiencia fue demasiado grata. Cada uno, con su peculiar estilo, cuenta una versión del erotismo y el enamoramiento. Pacheco, con una historia del primer amor también lanza una crítica hacia todo lo que le disgusta, y a la mayoría de sus lectores también: la desigualdad social, la corrupción del gobierno y sus terribles consecuencias y la estupidez de los adultos que no se dan cuenta de que Carlitos está enamorado y ponen el grito en el cielo, se escandalizan. Sin embargo, también es un romántico que apela a la enfermedad del amor; que además adereza con un bello fondo musical: el bolero que recuerda a Mariana y a través de ella, los años cincuenta.

Alberto Ruy Sánchez nos invita a permitírnos el despertar de los sentidos, a dejarnos llevar por ellos para descubrirnos a nosotros mismos, para, también, reconocernos en los otros, en nuestros antecesores. Veo la escritura de Ruy Sánchez como una total desnudez de su alma, a través de ellas revela su intimidad, su manera de vivir y sentir el deseo, la sensualidad y la voluptuosidad; se atreve a ser real —entendido esto en el sentido de que el lector puede identificarse con los personajes o con las historias. No toma al erotismo como una pose o un tópico, va más allá y hace del erotismo un estilo, algo tan sublime como una poética: “La

⁶²Octavio Paz, *Op. Cit.*, p. 15.

relación entre erotismo y poesía es tal que puede decirse, sin afectación, que el primero es una poética corporal y que la segunda es una erótica verbal.”, Paz *dixit*.

Y al igual que en la poesía, en la prosa también es importante el “decir bien” o “decir callando” —aquello que se insinúa. Así lo demuestra José Emilio Pacheco en su narrativa: no es necesario ser explícito para hablar del cuerpo. Entonces, la reflexión que me queda es que pronunciar la palabra erotismo no debe predisponernos; como sociedad debemos erradicar el tabú respecto al cuerpo, la desnudez y las maneras de explorar la sexualidad. El erotismo es una pasión que diferencia al ser humano de los animales, del mismo modo que el amor lo ennoblece.

Bibliografía general

Bibliografía

- ❖ BATAILLE, George, *El erotismo*, Trad. de Juan Giner, Barcelona, Mateu, 1971, 334 pp.
-----, *Las lágrimas de Eros*, Trad. de David Fernández, introducción de J. M. Lo Duca, Barcelona, Tusquets Editores, 1981 (Col. Los 5 Sentidos), 251 pp.
- ❖ BATIS, Huberto, *Estéticas de lo obsceno (y otras exploraciones pornotópicas)*, Toluca, Edo. Méx., Universidad Autónoma del Estado de México, 1989, 210 pp.
- ❖ BENEDETTI, Mario, "Cuento, *nouvelle* y novela: tres géneros narrativos", en *Teorías del cuento I. Teorías de los cuentistas*, Comp. de Lauro Zavala, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, pp. 217-232.
- ❖ *Escenarios del deseo. Reflexiones desde el cine, la literatura, el psicoanálisis y la filosofía*, Coord. de Armando Casas, Alberto Constante y Leticia Flores Farfán, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, 2009, 238 pp.
- ❖ ESTÉBANEZ CALDERÓN, Demetrio, "Poética", en *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 858-862.
- ❖ LEDESMA PEDRAZ, Manuela, *Erotismo y literatura*, Jaén, España, Universidad de Jaén, Aula de Literatura Comparada, 1999, 165 pp.
- ❖ MONGES NICOLAU, Graciela, *Hacia una hermenéutica del deseo. Lectura de tres novelas de Alberto Ruy Sánchez*, Universidad Iberoamericana, 2004 (Alter Texto. Teoría y Crítica), 98 pp.
- ❖ NEGRÍN, Edith, "Del amor infantil en la novela corta: *El principio del placer y Las batallas en el desierto*", en *Una selva tan infinita. La novela corta en México (1872-2011)*, Coord. de Gustavo Jiménez Aguirre, t. II, Universidad Nacional Autónoma de México/fundación para las letras mexicanas, 2011 (Serie El Estudio), pp. 41-58.
- ❖ ONFRAY, Michel, *Teoría del cuerpo enamorado. Por una erótica solar*, Trad., pról. y notas de Ximo Brotons, Valencia, Pre-Textos, 2002, 244 pp.
- ❖ PACHECO, José Emilio, *La sangre de Medusa y otros cuentos marginales*, Era, 1990 (Biblioteca Era), 136pp.
-----, *El principio del placer* [nueva versión], 9ª reimpr., Era, 2002 (Biblioteca Era), 163 pp.
-----, *Las batallas en el desierto*, 2ª reimpr., Era, 2012 (Biblioteca Era), 68 pp.
-----, "José Emilio Pacheco" [por él mismo], en *Los narradores ante el público. Primera serie*, 2ª ed., Comp. de Antonio Acevedo

- Escobedo, Ficticia Editorial/INBA/Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012 (Biblioteca de Ensayo Contemporáneo), pp. 263-290.
- ❖ PAZ, Octavio, *La llama doble*. Amor y erotismo, Barcelona, Seix Barral, 1994 (Biblioteca Breve), 223 pp.
 - ❖ POPOVIC CARRIC, Pol y Fidel Chávez Pérez (Coords.), *José Emilio Pacheco: Perspectivas críticas*, Siglo XXI Edits., 2006, 329pp.
 - ❖ RODRÍGUEZ BRONDO, Elsa, "La memoria imaginada: *La rueca del aire*, *Rosa blanda* y *Los nombres del aire*", en *Una selva tan infinita*. La novela corta en México (1872-2011), Coord. de Gustavo Jiménez Aguirre, t. II, Universidad Nacional Autónoma de México/fundación para las letras mexicanas, 2011 (Serie El Estudio), pp. 173- 187.
 - ❖ ROSADO, Juan Antonio y Adolfo Castañón, "Los años cincuenta: sus obras y ambientes literarios", en *La literatura mexicana del siglo XX*, Coord. de Manuel Fernández Perera, Fondo de Cultura Económica/Conaculta/Universidad Veracruzana, 2008, pp.261-310.
 - ❖ ROUGEMONT, Denis de, *Amor y occidente*, Trad. de Ramón Xirau revisada por Joaquín Xiráu, Conaculta, 1ª reimpr., 2001 (Cien del Mundo), 356 pp.
 - ❖ RUY SÁNCHEZ, Alberto, "La prosa de intensidades", en *La literatura mexicana hoy*. Del 68 al ocaso de la revolución, Ed. de Karl Kohut, Madrid, Iberoamericana, 1995, pp. 176-179.
-----, *En los labios del agua*, Alfaguara, 2010, 196 pp.
 - ❖ TORRES, Vicente Francisco, "Alberto Ruy Sánchez: Entre el demonio y el exotismo", entrevista, en *Esta narrativa mexicana*. Ensayos y entrevistas, Universidad Autónoma Metropolitana, 1991 (Serie Mayor), pp. 235-246; *Ibidem*, 2ª ed. aumentada, Eón/Universidad Autónoma Metropolitana, 2007 (Ensayo, 8), pp. 345-364.
-----, *La novela bolero latinoamericana*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998 (Serie El Estudio), 333 pp.

Hemerografía

- ❖ *Algarabía* [especial de sexo], 69, junio, 2010, 119 pp.
- ❖ *Algarabía* [especial de sexo], 105, junio, 2013, 118 pp.
- ❖ CAMPOS, Marco Antonio, "Novedad de *Las batallas en el desierto*", "Confabulario", Supl. cult. de *El Universal*, 168, 7 julio, 2007, p. 7.
- ❖ FERREIRA, César, "Entre el recuerdo y la escritura: *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco", *Epos. Rev. de Filología de la Facultad de Filología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia*, Madrid, 10, 1994, pp. 323-334. <<http://e-spacio.uned.es>>
- ❖ FLORES GALINDO, María de la Luz, "Inés Arredondo y el erotismo en el relato 'La Sunamita'", *Iztapalapa. Revista de la Universidad Autónoma Metropolitana*, 45, enero-junio, 1999, pp. 279-292. <<http://tesiuami.uam.mx/revistasuam/iztapalapa>>
- ❖ GONZÁLEZ ALMAGUER, José de Jesús, "El laberinto de los sueños amorosos", "El Semanario Cultural", Supl. cult. de *Novedades*, 273, 12 julio, 1987, p. 16.
- ❖ GURRÍA QUINTANA, Ángel, "Alberto Ruy Sánchez: geometrías del deseo", entrevista, "La Jornada Semanal", Supl. cult. de *La Jornada*, 87, 3 noviembre, 1996, pp. 10-11.
- ❖ HERNÁNDEZ, Bertha, "En los labios del agua", *El Heraldo de México*, 17 noviembre, 1996.
- ❖ HERNÁNDEZ, Rubén, "El deseo es un puente al pasado y también al presente", entrevista con Alberto Ruy Sánchez, "Sábado", Supl. cult. De *Unomásuno*, 1040, 6 septiembre, 1997, p. 5.
- ❖ JIMÉNEZ-SANDOVAL, Saúl, "Capitalismo, deseo y el anti-Edipo en *Las batallas en el desierto*", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, University of California Institute for Mexico and the United States and the Universidad Nacional Autónoma de México, 2, Summer, 2011, pp. 431-448. <<http://www.jstor.org/stable/10.1525/msem.2011.27.2.431>>
- ❖ MALLET, Ana Elena, "El instante eterno del deseo", "La Cultura en México", Supl. cult. de *Siempre!*, 2303, 7 agosto, 1997, p. 58.
- ❖ MARTÍNEZ, Miriam Mabel, "Líquidas voces", *Casa del Tiempo*, 64, junio, 1997, pp. 76-77.
- ❖ MEJÍA, Eduardo, "José Emilio Pacheco o las batallas en torno a un texto", "El Nacional Dominical", Supl. cult. de *El Nacional*, 56, 16 junio, 1991.
- ❖ NEPOTE, Mónica, "Las coordenadas del deseo", *Nexos*, 228, diciembre, 1996, pp. 82-83.
- ❖ ORTEGA, Julio, "La literatura mexicana y la experiencia comunitaria", *Revista Iberoamericana*, p. 606.
<<http://www.revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/iberoamericana/article/download/4612/4778>>

- ❖ PAUL ARRANZ, María del Mar y María Luisa de la Garza Chávez. "Alberto Ruy Sánchez, calígrafo del erotismo", *Revista Iberoamericana*, 187, abril-junio, 1999, pp. 359-371.
- ❖ ROBALINO, Vicente, "Escritura y erotismo en tres narradores mexicanos del 50", *Kipus. Revista Andina de Letras*, Ecuador, 13, 2001, pp. 37-42.
- ❖ VERANI, Hugo J., "Disonancia y desmitificación en 'Las batallas en el desierto' de José Emilio Pacheco", *Hispanamérica*, 42, diciembre, 1985, pp. 29-40. <<http://www.jstor.org/stable/20539118>>
----- "Voces de la memoria: La narrativa breve de José Emilio Pacheco", *Hispanamérica*, 96, diciembre, 2003, pp. 3-13. <<http://www.jstor.org/stable/20540499>>
- ❖ VV. AA., "José Emilio Pacheco", *Tierra Adentro*, 147 [número en homenaje JEP], agosto-septiembre, 2007, pp. 4-34.
- ❖ -----, "José Emilio Pacheco", *Proceso*, 1944 [número en homenaje a JEP], 2 febrero, 2014, pp. 54-71.

Sitios de internet

- ❖ <<http://www.cancioneros.com/nc/2854/0/obsesion-pedro-flores>>
- ❖ <<http://www.rae.es/drae/>>
- ❖ ARREDONDO, Inés, "La Sunamita".
<http://cuenterosycuentistas.blogspot.mx/2012_03_01_archive.html>